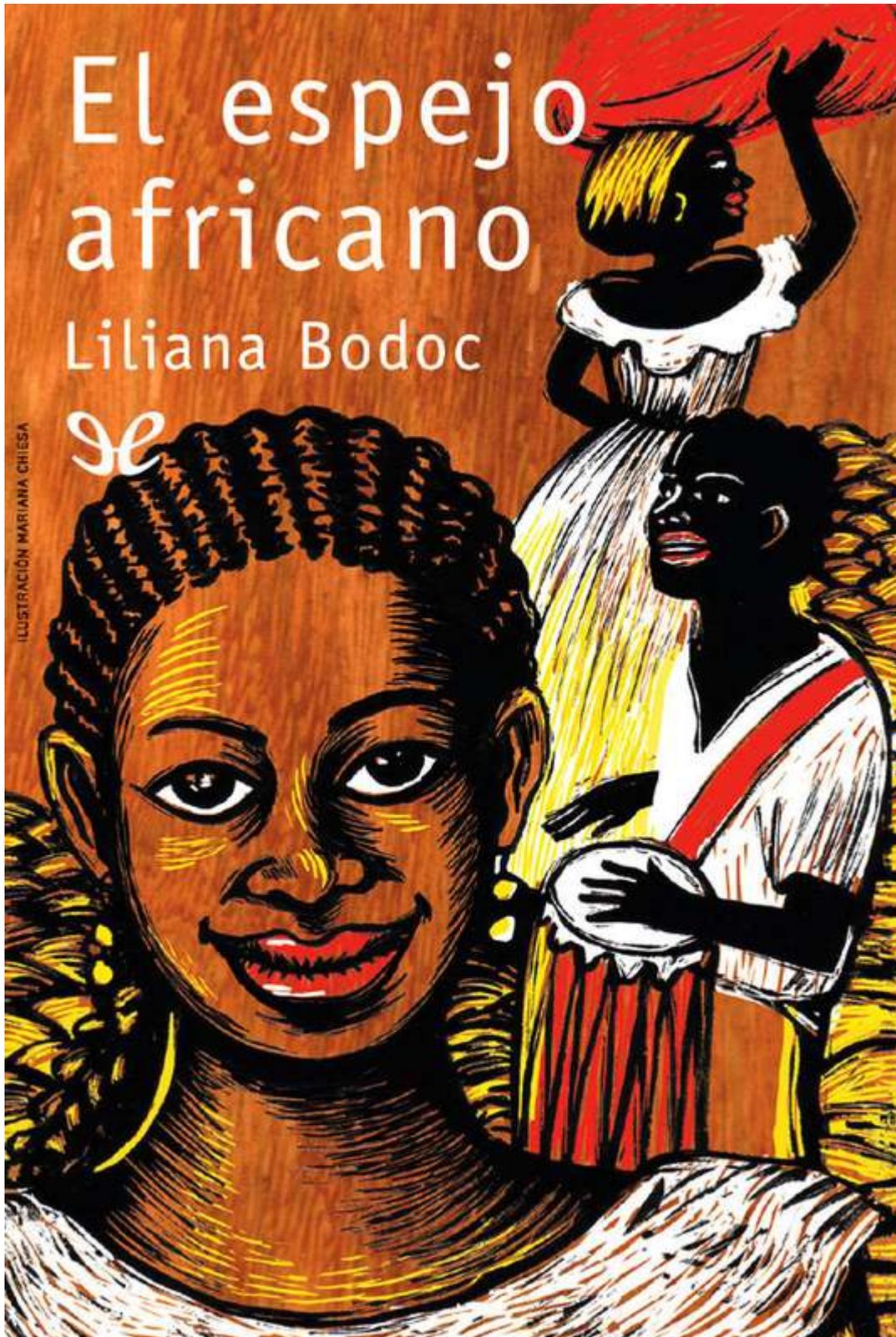


El espejo africano

Liliana Bodoc



ILUSTRACIÓN MARIANA CHIESA



Esta es la historia de un espejo que va enlazando el destino de distintas personas en distintos lugares: una esclava africana, el general San Martín, un temeroso huérfano español... Y cuenta las arduas luchas que éstos y tantos otros hombres y mujeres afrontaron para obtener la libertad.

Una historia que empezó hace dos siglos, pero aún no ha terminado.



Liliana Bodoc

El espejo africano

ePub r1.1

Titivillus 25.03.17

Título original: *El espejo africano*

Liliana Bodoc, 2008

Diseño de cubierta: María Chiesa

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Felipe y Martín, dos niños luminosos que, a veces, son artistas del color y la forma. A veces, ángeles. A veces, monjes rubios de un templo chino

Para Patricia y el «Tucu», sus padres.

«Nada se sabe, todo se imagina.

Somos cuentos contando cuentos, nada».

RICARDO REIS (heterónimo de FERNANDO PESSOA).



Hay objetos que jamás nos pertenecerán del todo. No importa que se trate de antiguas reliquias familiares, pasadas de mano en mano a través de las generaciones. No importa si los recibimos como regalo de cumpleaños o si pagamos por ellos una buena cantidad de dinero... Estos objetos guardan siempre un revés, una raíz que se extiende hacia otras realidades, un bolsillo secreto. Son objetos con rincones que no podemos limpiar ni entender. Objetos que se marchan cuando dormimos y regresan al amanecer.

Los espejos, por ejemplo. No hay duda alguna de que los espejos pertenecen a esta categoría. Más aún... Si tuviésemos que hacer una lista de objetos fantasmales, rebeldes, incontrolables, los espejos ocuparían el primer lugar.

Mucho se escribió sobre ellos. Poemas y cuentos, leyendas y relatos de horror. Se ha dicho que son puertas hacia países fantásticos. Se ha dicho que son capaces de responder, con sinceridad, las oscuras preguntas de una madrastra. «Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa?».

Pero aun así, con tanta letra escrita, siempre habrá nuevas cosas que contar, porque en los espejos cabe el mundo entero.

Esta es la historia de un espejo en particular. Pequeño, casi del tamaño de la palma de una mano. Y enmarcado en ébano. Un espejo que cruzó el mar para ser parte de múltiples historias, no todas buenas, no todas malas. Un pequeño espejo que enlazó los destinos de distintas personas en distintos tiempos.

En el comienzo hay un atardecer rojo y polvoriento, atravesado por una manada de cebras. Un paisaje extendido en su propia soledad que, aunque desde lejos puede parecer un dibujo, es de carne y hueso. De sed y música.

Hay también un sonido que trae el viento. Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

Son tambores los que están hablando, los que están llorando.

¿Y por qué tambores?

Porque la historia de este pequeño espejo, enmarcado en ébano lustroso, comienza en el África.

1.

ENTRE ÁFRICA Y AMÉRICA DEL SUR.

1779 A 1791, APROXIMADAMENTE.

La costumbre de cargar cestos en la cabeza los mantenía erguidos. Y con el pensamiento más cerca del cielo que de los pies.

Era una aldea con pocos habitantes, donde cada uno hacía su parte del trabajo y tenía su lugar en las danzas. Aquellas personas conocían la diferencia entre un fuego sagrado y un fuego familiar donde asar alimentos. Separaban sin dificultad las plantas benéficas de las maliciosas; aceptaban las lluvias y las sequías. Y cuando se tendían a descansar, eran capaces de reconocer cientos de formas en las nubes.

Imaoma era un joven cazador, tan diestro que la aldea entera lo consideraba un elegido de los antepasados.

Atima era una hermosa muchacha, buena en el arte de teñir plumas y coser pieles.

Eran tiempos de cacería.

El día había amanecido con olor a madera. Y el más anciano de la aldea miraba a su alrededor con una sonrisa divertida, como si supiese que algo agradable estaba a punto de suceder.

Imaoma miró a la joven Atima por la mañana. La miró con fijeza y siguió andando.

Imaoma miró a Atima por la tarde. Ella se cubrió las mejillas con las manos y puso su pie derecho sobre su pie izquierdo.

Cuando cayó la noche y la aldea entera se reunía alrededor del fuego, Imaoma volvió a mirarla. ¡Todo estaba dicho! Tres miradas de un hombre a una mujer, en el curso de un día, eran invitación a boda, siempre que las familias aceptaran.

Y las familias aceptaron, porque Imaoma y Atima eran los dos ojos de un mismo pez, las dos laderas de una misma montaña. Y tendrían una descendencia saludable.

Los festejos se realizaron poco tiempo después. Hubo carne y fruta para toda la gente de la aldea. Y para algunos parientes que llegaron de lejos.

Atima le dio a su esposo un brazalete de piel como regalo.

Imaoma le dio a su esposa un pequeño espejo enmarcado en ébano, que él mismo había tallado con paciencia.

Alzaron una choza en el sitio indicado por los mayores. Y la vida continuó su curso al son de los tambores.

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

Pero al año siguiente, los tambores empezaron a anunciar desgracias. Primero unos, después otros... Todos los tambores resonaban con mensajes confusos. Como si no estuviesen seguros de sus visiones. O se apenaran de asustar a los hombres con tan malas noticias.

El tiempo caminó a su modo, ni rápido ni lento. Y pasó otro año. Los tambores continuaban sonando roncocos y tristes. Ellos sabían, anunciaban, advertían que grandes males se avecinaban.

Tres años y algunas lluvias habían pasado desde la boda de Imaoma y Atima. Para entonces, los tambores repetían un solo mensaje: «Ya viene el llanto, ya nos arrancan el corazón. Ya viene el llanto, ya nos arrancan el corazón».

Atima se había alejado de la aldea, buscando frutos comestibles. Su pequeña hija estaba junto a ella. La niña iba a cumplir tres años y eso significaba que todavía llevaba el nombre de sus padres. Cuando cumpliera doce años, ella misma elegiría el nombre para el resto de su vida. Mientras tanto, era «Atima», por su madre. Y era «Imaoma», por su padre. Es que la gente de aquellas aldeas les daba a los nombres su justo tiempo y su verdadera importancia.

Atima, la madre, y Atima Imaoma, la niña, juntaban frutos y cantaban. Pero no estaban solas, ni a salvo...

Muy cerca de ellas, unos hombres de piel descolorida las miraban desde la espesura, con ojos brillantes como monedas de plata. Eran cazadores de hombres y preparaban las redes, se humedecían los labios con la lengua, tensaban sus corazones.

Los cazadores comenzaron a avanzar sin hacer ningún ruido.

Atima Imaoma preguntaba cantando. Atima, su madre, respondía del mismo modo.

Los cazadores tenían órdenes precisas: aquella vez debían ser niños. El mercado de esclavos los necesitaba y pagaba por ellos buenas sumas de dinero. Además, cabían mayor cantidad en un barco, requerían menos alimentos y ocasionaban pocos problemas.

Atima le dio a su pequeña hija un fruto rojo y repleto de jugo. Atima Imaoma lo mordió con gusto. Y el jugo dulce le ensució la boca.

Los hombres de piel descolorida eran, igual que Imaoma, grandes cazadores. Pero Imaoma cazaba con lanzas, y ellos con redes. Imaoma cazaba animales para que la aldea entera tuviera alimento. En cambio, la red de los cazadores cayó sobre Atima Imaoma. Sobre su vida, sobre su boca sucia de jugo rojo.

La pequeña creyó que se trataba de una lluvia distinta a las que conocía. Quiso extender los brazos hacia su madre, pero las sogas la atraparon más todavía. Sus ojos negros cabían perfectos, húmedos, en los agujeros de la red.

Atima, la madre, peleó contra los cazadores tanto como pudo. Y gritó con la fuerza de siete gargantas. Sin embargo, era apenas una delgada mujer que nada podía contra un grupo de hombres. Cuando acabó de comprenderlo, Atima se desprendió de la cintura una bolsita de cuero, y se acercó a uno de los cazadores, suplicando en su lengua.

Las súplicas se comprenden en cualquier idioma. Y en casi todos los corazones pueden quedar ventanas abiertas.

El hombre que estaba al mando entendió lo que Atima deseaba. Tomó la bolsita de cuero y comprobó su contenido: dentro de ella sólo había un pequeño espejo.

—¿Quieres dárselo a tu niña? —preguntó.

Atima lo miró esperanzada.

Entonces, el hombre metió sus grandes manos por la red y colgó el amuleto al cuello de Atima Imaoma. Y en ese gesto, agotó su bondad.

Atima Imaoma se iba para siempre.

El barco en el que la llevaron, con otros cientos de esclavos, cruzó el ancho mar hasta llegar a una tierra donde la gente compraba gente.

—¡Vean la fuerza de este jovencito! ¡Vean el porte...!

—¡Aquí, aquí...! ¡Los dientes de esta niña lo dicen todo! ¡Sana, fuerte, a buen precio!

Los esposos Fontezo y Cabrera caminaban por las calles del mercado de esclavos.

Aquel día no tenían intenciones de comprar. Solamente habían ido a curiosear y a comentar los últimos sucesos. Habrá que decir que se trataba de gente importante para la cual la ciudad no tenía secretos.

—Mire esa niña —la señora Fontezo y Cabrera detuvo a su esposo tomándolo del brazo. Enseguida se acercó a una de las pequeñas que estaban en venta y le sonrió.

Atima Imaoma la miró con seriedad, aunque sin miedo ni enojo.

—No pretenda comprarla —se adelantó su esposo—. No es necesaria ahora.

—Es verdad —admitió su esposa—. ¡Pero mire sus ojos!

—Mujer, he dicho que no nos hace falta.

La señora Fontezo y Cabrera tenía una opinión distinta. Y la expresó con entusiasmo.

—Claro que hace falta... Esta niña debe tener la edad de nuestra Raquel. ¿No cree usted que podría ser su doncella personal?

El señor Fontezo y Cabrera tuvo que aceptar que aquella africanita tenía algo especial.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó, señalando la bolsita que colgaba de su cuello.

Atima Imaoma no entendió las palabras, pero entendió el gesto. Y enseguida, protegió con sus dos manos la herencia de su madre sin saber que, de ese modo, se ganaba la voluntad de su futuro amo.

—Vaya con su carácter —dijo el señor Fontezo y Cabrera, complacido con la bravura de la pequeña, igual que se complacía viendo cómo mostraban los dientes sus valiosos cachorros de caza.

Entonces, como el precio que pedían por ella le pareció razonable, decidió que la llevarían consigo.

Al momento de comprar un esclavo era necesario ponerle un nombre, de modo que quedara asentado en las notas de propiedad.

—La llamaremos..., ¿cómo la llamaremos?

Entre todos los niños que estaban a la venta, aquélla era la única que no profería sonido alguno.

Entonces, el señor Fontezo y Cabrera encontró el nombre que buscaba:

—La llamaremos Silencio —dijo.

Bien podría decirse que Silencio fue afortunada.

El matrimonio Fontezo y Cabrera tenía una sola hija. Y Silencio fue destinada a ser su doncella.

Silencio fue tratada con benevolencia. Recibía buena comida, buena ropa y buen trato. Pasaba casi todo el tiempo con Raquel. Obtenía algunos de sus juguetes en desuso, compartía sus dulces. De vez en cuando, si a Raquel le dolía la panza o tenía catarro, Silencio se acostaba sobre sus pies para mantener el calor de su amita enferma. Y eso era mucho mejor que dormir en las barracas frías.

Raquel y Silencio crecieron juntas.

Raquel aprendía las danzas de salón y luego se las enseñaba a Silencio. Silencio estaba obligada a ayudar en algunos quehaceres domésticos, y Raquel se aburría. Cuando Raquel tuvo que aprender las labores que correspondían a una niña educada, se empeñó en que Silencio aprendiera con ella. De otro modo tejía mal y bordaba peor.

—Será mejor que Silencio esté con ella —dijo su madre.

Y el señor Fontezo y Cabrera acabó por aceptar.

Raquel creció con alegría. Y Silencio agradeció la suerte que le había tocado en casa de sus amos.

En la cocina, Silencio solía escuchar los relatos que las cocineras negras hacían sobre tormentos y castigos que recibían los esclavos en otras casas. Lluvias de azotes si se les veía un mal gesto, cadenas si desobedecían o haraganeaban. Muerte por sed si intentaban escaparse.

—Demos gracias por la bondad de nuestros amos —decían las negras ancianas.

Silencio daba gracias con ellas.

Pero Silencio tenía una tristeza: su nombre. Por mucho que se esforzara, no lograba recordar el nombre que tenía en su tierra. Mientras más intentaba recuperarlo, más se alejaban los sonidos. Y una voz de mujer, llamándola, se mezclaba con los trinos y los rugidos de una selva distante.

A veces, Raquel encontraba a Silencio mirándose en su pequeño espejo, con los ojos perfectos, húmedos.

—¿Estás triste, Silencio? ¿Pensás en tu nombre? Si querés probamos a ver si te acordás.

Entonces, comenzaba una lista: María, Mercedes, Pilar, Inés, Antonia...

—Ésos no —decía Silencio.

—Aurora, Matilde, Jacinta...

—Ésos tampoco.

Y el nombre africano se perdía, retrocedía a un sitio donde la memoria ya no encuentra caminos de regreso.

Para su cumpleaños número doce, Raquel le pidió a su padre un regalo especial. La niña deseaba enseñarle a Silencio las letras y los números.

—¿No tiene usted mejores cosas que hacer? —le preguntó el señor Fontezo y Cabrera a su hija.

—No me gusta bordar. Me gusta ser maestra.

—¡Conque le gusta ser maestra...! Entonces puede enseñarles a sus primos pequeños.

—Ellos sólo vienen de vez en cuando.

El señor Fontezo y Cabrera dio una profunda pitada a su cigarro. Después pronunció palabras llenas de humo.

—Entienda y recuerde que ellos no poseen un alma como la nuestra. Y por lo tanto, no poseen nuestras capacidades.

—Pero Silencio está siempre conmigo y es como si fuera un poquito blanca.

Aquella tarde, la mirada severa de su padre dio por acabada la conversación.

Sin embargo, Raquel insistió al día siguiente. Y al siguiente.

En esta oportunidad, el señor Fontezo y Cabrera demoraba en ceder al pedido de su hija. Sabía que semejante cosa no sería bien vista por sus amigos. «¿Es cierto que en tu casa los esclavos aprenden a leer y escribir?», preguntarían. «¡Un asunto inaceptable!», murmurarían a sus espaldas. Pero por otro lado pensaba que, de seguir las cosas tal como iban, pronto se vería obligado a negarle, y aun a quitarle, a su pequeña

Raquel, las ventajas con las que había crecido. ¡Y el señor Fontezo y Cabrera había aprendido que el lujo resulta natural como el aire cuando se lo conoce desde la cuna!

Al fin, pudo más este pensamiento.

—¡Pongo una estricta condición...! —dijo el señor Fontezo y Cabrera antes de darse por vencido—. Que esto sea un secreto. Usted le dará esas clases en el granero, y no lo contará a sus amistades. Ni a sus primos.

Raquel y Silencio buscaron una madera bastante grande y lisa, que apoyaron contra una de las paredes del granero. Allí escribirían las letras y los números con pedazos de yeso. Luego acomodaron unos fardos de heno como asientos. Y tuvieron su escuela.

Por su parte, el señor Fontezo y Cabrera se tranquilizó imaginando que aquel juego aburriría muy pronto a su hija.

¡Cuánto se equivocó!

Los meses pasaron... Y el granero donde Raquel le enseñaba a Silencio las letras y los números jamás estuvo ocioso.

La vida transcurría con bien. O al menos, eso parecía.

A veces, Silencio solía tomar su espejo y, frente al cristal, intentaba recordar su nombre.

Josefina, Alma, Anita...

—Ésos no.

Aurelia, Magdalena...

—Ésos tampoco.

Era una siesta calurosa de diciembre del año 1791, en la ciudad rioplatense.

El señor Fontezo y Cabrera y su esposa mandaron llamar a Raquel para hablar con ella sobre algo importante. Aquello no hubiese sido extraño. Era frecuente que, ante cualquier falta de Raquel, sus padres se esforzaran en largas amonestaciones, intercaladas con fábulas y versículos. Pero esa vez parecía diferente.

Raquel no imaginaba lo que estaba a punto de escuchar, porque nadie le había advertido que la situación económica de la familia era desesperada. Y que su padre enfrentaba el fantasma de la ruina.

—Verá usted, hija —dijo el señor Fontezo y Cabrera—, las cosas por aquí no están del todo bien...

La esposa del señor Fontezo y Cabrera no alzaba la vista de su bordado. Sin cesar, daba puntadas verdes y puntadas azules en los bordes de un mantel de hilo.

—He intentado demorar esto —continuó el padre—. Sin embargo, ya no hay manera de retrasar algunas tristes decisiones. Son decisiones que me pesan, créame. Me pesan mucho.

Justo entonces, su esposa se pinchó el dedo con la aguja. Una puntada roja en el ramo de flores que bordaba.

—Necesitamos reunir algún dinero, y para eso deberemos desprendernos de ciertas cosas de valor. Alhajas de su madre, los caballos de raza...

En el mantel de hilo, las flores se marchitaban apenas bordadas. Quizá por eso, el señor Fontezo y Cabrera se dispuso a decir todo de una sola vez. Y con tono que no dejara lugar a reclamos.

—... y algunos de nuestros esclavos. Silencio es una de nuestras siervas domésticas de mayor valor. Joven, sana y de buen carácter, de manera que...

Raquel había entendido.

—Podría vender una cocinera —comenzó a decir Raquel—. Siempre dice usted que son de las mejores y que sus amigos las envidian...

—Compraron a Silencio para una hacienda en la provincia de Mendoza.

Y esta vez, no había más que decir.

Todos allí sabían lo que significaba el trabajo de los esclavos en las haciendas: sol a pleno durante interminables jornadas, látigo para los débiles, noches dolorosas, picaduras de insectos, agua con mal sabor.

Y los tambores volvieron a llorar.

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

En aquella oportunidad, Raquel comprendió que de nada valdría pedir ni encapricharse. Además, las palabras de su padre le traían otras preocupaciones.

—¿Mi piano se quedará aquí?

—Por supuesto, Raquel. Tu piano se quedará.

El señor Fontezo y Cabrera dio por terminada la conversación.

—Ve y dile a Silencio que junte las cosas que le pertenecen. Mañana vendrán a buscarla.

La señora Fontezo y Cabrera seguía bordando flores muertas.

Muy pocas cosas tenía Silencio. Y ni siquiera se las llevaría todas.

Apenas armó un bulto de ropa. Después tomó su espejo. Y se fue al granero donde aprendía letras y números. Pasaría allí la última noche. Y allí esperaría a sus nuevos amos.

El granero estaba solitario. En el pizarrón, que se apoyaba contra la pared, permanecía escrita una parte de la clase dedicada a la letra M.

Silencio sostuvo, frente a su rostro, el pequeño espejo enmarcado en ébano. Entonces comenzó a moverlo muy despacio. De este modo podía ver, en el reflejo del cristal, el sitio donde había sido feliz: las altas ventanas, los techos de madera oscura, los fardos de heno, el piso de paja, un recipiente de tinta olvidado.

El espejo le mostró también el pizarrón, con las palabras que ella misma había escrito dos días antes: «AMO A MI AMITA».

Pero el espejo, como sucede, mostraba el mundo dado vuelta: «ATIMA IM A OMA».

Eso leyó Silencio en el pequeño espejo enmarcado en ébano que su madre le había dado antes de que se la llevaran para siempre. ATIMA IM A OMA.

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

En el revés de las cosas, podrían haber dicho los tambores... En el revés de las cosas suele estar la verdad.

Al día siguiente a Raquel le costó trabajo entender por qué Silencio no estaba llorando.

—Porque tengo doce años, y puedo elegir mi nombre.

—¿Ya lo hiciste? —preguntó Raquel.

La esclava asintió con la cabeza y con la sonrisa.

—¿Qué nombre elegiste? ¿Aurelia?

—No.

—¿Josefina, Alma, Anita?

—No.

—¿Remedios, Magdalena?

—Tampoco.

—¿Qué nombre elegiste? ¿Esther?

—Ése tampoco.

—¿Qué nombre elegiste?

—Atima Imaoma.

Raquel no había entendido. Y volvió a preguntar:

—¿Qué dijiste?

—Atima Imaoma —respondió la esclava.

—¿Y cómo se te ocurrió ese nombre?

—No fui yo. Me lo dio el espejo.

Raquel movió la cabeza igual que, a veces, lo hacía su madre.

—No hables así. Tus nuevos amos te van a azotar por andar repitiendo hechicerías de negros. ¿Me entendiste?

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

Y los nuevos amos llegaron a media mañana. Sin tiempo para esperar largas despedidas y, mucho menos, llantos. Atima Imaoma y Raquel apenas pudieron darse el último abrazo.

Fue entonces cuando Raquel hizo una promesa:

—Te voy a buscar. Algún día, iré a buscarte.

—¡Arre...! —y el carro partió rumbo a Mendoza.

Raquel corrió un poco por el camino, repitiendo un saludo que sólo ellas podían entender.

—Adiós, Atima Imaoma...

«Adiós», respondieron los tambores.



Los objetos se mueven con las personas. Viajan, se pierden, se venden, se compran. Cruzan el mar. O quedan olvidados, por mucho tiempo, en el fondo de un baúl.

Con los espejos sucede lo mismo.

A un pequeño espejo enmarcado en ébano le pueden suceder muchas cosas. Pudo, ¿por qué no?, ser donado para la causa del ejército libertador.

Se han donado para la sagrada causa de la libertad: 2 anillos de oro, 5 peinetones de carey, 17 caballos, 1 cuchillo con mango de plata, 11 ponchos, 9 mantas, 1 espejo enmarcado en ébano...

¿Qué haría con un espejo el general San Martín? Como sea, algo extraño relacionado con el espejo ocurrió años después. Fue cuando el pequeño espejo enmarcado en ébano volvió a cruzar el mar. Esta vez, hacia el continente europeo.

2.

ESPAÑA, PROVINCIA DE VALENCIA,

OCTUBRE DE 1818.

—¡Ni los ojos, Dorel...! No llesves ni tus ojos más allá del umbral de la casa, porque nunca se sabe dónde se esconde lo peor... ¡Y menos al atardecer!, que ya sabemos, Dorel, las calamidades que el atardecer esconde entre sus barbas rojas. Bien posible es que los moros ronden en busca de cabezas, que luego ahuecan para utilizar como cacerolas. Ya te dije que ellos lo hacen, ¿verdad?

—Pero...

—¿Dices «pero»...? ¿Qué «pero» vas a oponer a las enseñanzas de María Petra? Nada de peros, ni de peras, ni de Pérez... Recuerda que aquí los males son tan numerosos como las moscas. Y a propósito, ¿te he dicho ya de una nueva mosca que clava agujones en el rostro del que duerme? Así es. Y a la mañana siguiente, despiertas con urticaria de color azul, ¡y pobre de ti si te la rascas!, porque, entonces, el veneno de la mosca entra y va directo al corazón. Y en el propio y mismísimo corazón de la víctima comienza a formarse, ¿cómo te diré?, un barrio, una provincia, un país de moscas...

Dorel hizo un esfuerzo por tragar la comida que se llevaba a la boca. Y asintió con la cabeza, como siempre lo hacía.

María Petra, la propietaria del negocio de antigüedades más próspero de Valencia, tenía poco, poquísimos cabello. Y muchos, muchísimos fantasmas.

Por esa causa, mantenía cerradas las ventanas. Excepto, la vidriera donde se amontonaban los objetos que María Petra había comprado por unos pocos centavos, y que luego vendía con buenas ganancias.

La casa oscura de María Petra tenía el olor triste de los lugares donde nunca entra el sol. Y tenía también su propia música hecha con el chirriar de las puertas, los crujidos del piso de madera, y el borboteo de una olla donde hervía eternamente algún té de yuyos.

María Petra salía de su casa sólo una vez al mes. Caminaba tres cuadras y media, subía nueve escalones y llamaba a la puerta de su tía. Permanecía una hora exacta de visita y regresaba por el mismo camino. Aquella era la única vez que Dorel quedaba al frente del negocio de antigüedades. Y podía perderse en sus propios sueños.

Era habitual, por ese entonces, la costumbre de criar un huérfano. Ofrecerle casa, comida y algo parecido a un hogar, a cambio de trabajo. María Petra acostumbraba a hablar del asunto muy a menudo:

—Cada vez que recuerdo cómo estabas cuando te saqué del orfanato, Dorel... ¡Puro hueso y puro pensamiento! El pensar no es nada bueno, ¿ya te lo he dicho, verdad?

—Sí, señora.

Pero aquel día, María Petra andaba con ganas de recordar.

—Tenías seis años y eras así de flaco, una ramita de tomillo. Pero te traje aquí, y te alimenté con caldo bien grasoso y puré de coliflor. Te enseñé a lustrar los objetos de metal, a lavar almohadas de plumas... ¡Y otras cosas preciosas que un niño como tú, tan sin gracia, nunca hubiese aprendido! Hoy ya eres un joven bien crecido, ¿tienes diecisiete, verdad? Y eres muy feliz. ¿No es así, Dorel?

—Así es, señora.

María Petra apartó el plato lleno de huesos que tenía frente a sí, y cruzó sobre la mesa sus brazos carnosos y blancos. Se sentía contenta de ser tan buena persona.

—Si hasta te permito recibir, cada sábado, la visita de ese maestrillo que viene con sus librotos a contarte que tal o cual río nace en tal o cual parte. Y que tal o cual animal tiene tales o cuales costumbres. Por mi parte, no puedo hallarle utilidad alguna a esos saberes. Pero a ti te gusta eso, ¿o no, Dorel?

—¡Sí, señora! ¡Eso sí! —respondió el joven que, por primera vez durante aquella conversación, pareció sincero y entusiasmado.

Para Dorel, aquella vida era la única posible. Sin embargo, el joven tenía un sueño poderoso. Y María Petra estaba a punto de mencionarlo.

—Te diré que no has sido tan malo... Los hay peores que tú, eso es cierto. Jóvenes criados que hasta les roban a sus protectores. No eres tan malo, debo admitirlo. A no ser... —María Petra tamborileó con los dedos en la mesa—, a no ser por el famoso asunto de tocar el violín.

Dorel escuchó. Y se miró las manos. Un violín había llegado una vez al negocio de antigüedades. Entonces, con una gracia increíble para alguien que jamás lo había hecho antes, Dorel pasó el arco sobre las cuerdas. Y ya no pudo olvidar ese sonido.

—La música, Dorel, bien te lo he repetido, nació en el casamiento de una bruja —María Petra habló con voz de contar leyendas—. Parecer ser que una bruja fue invitada al casamiento de una de sus primas. Llegó,

disfrutó del banquete. Pero cuando fue la hora de los obsequios, notó que no tenía nada que ofrecerle a la novia. Entonces, concibió la idea de abrir su boca, deforme y dientuda, y tararear. Así nació la música, Dorel. ¡Y bien hiciste en olvidarla!

Las venas de Dorel vibraron como cuerdas.

—Porque la olvidaste, ¿verdad?

—Sí, señora.

Pero la sangre de Dorel se movía como el mar. María Petra se inclinó hacia el rostro del joven.

—¿Son lágrimas lo que veo en tus ojos?

—No, señora. No tengo motivos para llorar.

Pero el corazón de Dorel quería salir al galope.

—Lo mismo creo yo. No tienes ningún motivo para llorar, y muchos motivos para considerarte dichoso. ¿No es así?

Dorel no respondió. No podía hacerlo.

—Responde, Dorel. ¿No es así?

Dorel no respondió. No quería hacerlo.

Pero María Petra seguía preguntando:

—¿No es así, Dorel?, ¿no es así?

Agobiado, triste de repente, como si dentro de él se hubiese puesto a llover, Dorel quiso responder. Y pudo:

—No, señora. No es así.

El rostro de María Petra quedó inmovilizado en un gesto que expresaba asombro y horror. Pero Dorel había comenzado y ya no podía detenerse. Habló en voz muy baja, con la mirada puesta en una mancha de grasa que tenía el mantel.

—No soy feliz, señora María Petra. Ni nunca lo seré si no me deja usted tocar el violín. El maestro dice que la música es buena para el alma. Y dice además que no es posible que rondan por aquí los moros, porque esa guerra acabó hace tres siglos...

¡Al fin entendía María Petra...! Era ese maestro de mala muerte quien llenaba la cabeza del huérfano con horribles ideas. Pero ella era mujer de carácter, y sabía muy bien lo que debía hacer.

—¡Nunca más! —sentenció. Y poniéndose de pie comenzó a vociferar, mientras daba vueltas alrededor de la mesa—. No volveré a permitir que ese hombre te visite. *Mi* puerta —y María Petra remarcó el «mi»— jamás se abrirá ni para él ni para sus libros. ¡Se lo diré este mismo sábado, apenas asome por aquí su cara de mono sabio!

Por supuesto, María Petra cumplió su promesa.

El sábado por la tarde, el maestro llegó a visitar a Dorel. Llamó a la puerta, y como siempre lo hacía puesto que era un hombre bien educado, se quitó el sombrero y sonrió al ver aparecer a María Petra.

—Tenga usted buenas tardes, señora.

Por toda respuesta, la propietaria del mayor anticuario de Valencia extendió el brazo:

—¡Fuera...! Aléjese usted de mi casa.

Pensando que se trataba de una broma o de un malentendido, el maestro amplió su sonrisa.

—No comprendo —dijo.

—¿Qué es lo que no comprende? —María Petra repitió con claridad—. Aléjese usted de *mi* casa —y remarcó el «mi».

Como el maestro no tuvo mejor idea que insistir, María Petra se vio obligada a decirle, palabra por palabra, grito por grito, todo lo que tenía en contra de sus libros y de sus ideas, de sus números, de sus letras, de sus mapas y de sus palabras en latín.

Ninguno de los argumentos que el maestro intentó oponer sirvieron de nada. María Petra, fuera de sí, sólo le exigía que se marchara, que no regresara jamás a torcer la cabeza del pobre huérfano y, sobre todo, que no volviera a decir que la guerra contra los moros había acabado hacía tres siglos porque ella los escuchaba todas las noches, cuando les sacaban filo a sus sables curvos.

Después de un rato de intentar tranquilizar a la mujer, el maestro pareció darse por vencido. No perdió, sin embargo, su caballerosidad. Y saludó a María Petra llevándose la mano al sombrero.

Antes de marcharse, vio el rostro de su alumno por la vidriera del negocio de antigüedades. Allí, entre teteras de plata labrada, espadas y almohadones bordados, Dorel tenía el aspecto de un ángel de porcelana.

El maestro saludó al niño con la mano en alto. Y pareció que sus ojos intentaron decirle algo. Algo como «corre, Dorel, corre tan lejos como puedas».

Aquella misma semana tocaba la visita mensual de María Petra a casa de su tía.

En esos días, desde el episodio con el maestro, apenas si había abierto la boca, y sólo para dar órdenes que Dorel cumplió sin chistar.

Eran las dos de la tarde cuando María Petra apareció en el negocio con su vestido azul y su sombrero.

—Voy a salir —dijo. Y como si fuera necesario, aclaró—. Visitaré a mi tía.

—Claro, señora.

—Quedas a cargo, Dorel.

Las campanillas de bronce sonaron alegres cuando María Petra traspuso la puerta en dirección a la calle. Dorel suspiró todo el aire que tenía amontonado en el pecho. Y aunque no sonrió, al menos se sintió aliviado.

Sin embargo, no habría alcanzado María Petra la esquina, cuando un joven de cabello rojizo entró al negocio. Traía un pequeño paquete en las manos. Parecía asustado o tímido.

—Me manda mi madre —dijo—. Ella desea vender esto.

El recién llegado desarrolló su tesoro. Se trataba de un espejo enmarcado en ébano, más o menos del tamaño de la palma de una mano.

Sin prestarle demasiada atención, Dorel negó con la cabeza. Pero el joven insistió.

—Mira que este espejo vino desde América. Lo trajo mi padre. Mi padre es sargento, y hace poco que regresó a causa de una herida que recibió peleando contra el ejército del tal don San Martín. ¿Sabes algo sobre eso?

Dorel sabía porque el maestro le había hablado sobre esas guerras, y le había dicho que, aunque había un océano de por medio, no les eran ajenas.

Mientras Dorel recordaba, el joven seguía con lo suyo:

—Si lo miras con detenimiento, verás que tiene bien tallada la madera.

Dorel lo tomó en sus manos. Él ya sabía reconocer objetos verdaderamente antiguos y diferenciarlos de baratijas y de imitaciones. Dio vuelta el espejo y vio una marca hecha a punzón en la parte inferior.

—Aquí está dañado —dijo Dorel, en su papel de comerciante.

—Por sólo cuatro monedas te lo dejo —respondió el joven.

Dorel comprendió que, dañado o no, el objeto tenía mucho valor. Seguramente, a María Petra le complacería mucho una buena compra.

—Te doy tres monedas —ofreció Dorel.

—Es para medicinas —era evidente que el joven de cabello rojizo decía la verdad—. Necesitamos cuatro monedas para poder comprarlas.

Dorel dudó. Pero las palabras de María Petra repicaron en su cabeza: «Nunca te conmuevas por la palidez, el hambre o la tragedia de los clientes porque entonces llevarás mi negocio a la ruina».

—Tres monedas o nada —dijo Dorel.

—Está bien —aceptó el joven—. Algo es algo. Y ya veremos de encontrar la que nos falta.

Tomó las tres monedas que Dorel sacó de una lata. Saludó y se fue.

Dorel se dispuso a sacarle brillo a la nueva adquisición para enseñársela a María Petra cuando ésta regresara de visitar a su tía. Tomó un paño y comenzó su tarea. Primero la parte posterior, para dejar lustroso el ébano.

«¿Qué será esta marca hecha a punzón sobre la madera?», se preguntó el huérfano.

Cuando la parte de atrás estuvo impecable, Dorel mojó el paño en alcohol para limpiar el cristal.

Entonces, el espejo le mostró su rostro casi gris de tanto encierro. Le mostró sus ojos casi viejos de no ver el mundo. Dorel intentó sonreír y notó que su boca no recordaba cómo hacerlo. Su corazón comenzó a latir muy fuerte, igual que si tuviera un tambor en el pecho.

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

¿Por qué no le había dado al joven las cuatro monedas, si el espejo se vendería en más de diez? Tal vez, ya se parecía demasiado a María Petra... Mirándose bien, veía hasta los mismos rasgos en su rostro. Pero no quería, no quería parecerse a ella. Quería parecerse a su madre. Dorel no la había conocido, pero siempre la había imaginado como una dulce mujer que sabía cantar. Su madre nunca se hubiera aprovechado de un desesperado.

Pero María Petra iba a ponerse contenta con una buena compra.

Pero el maestro siempre repetía que la estatura de un hombre es la de su corazón.

Y su madre, ¿qué diría su madre...? «Quizás aún puedas alcanzarlo».

Dorel tomó otra moneda de la lata.

«¡Corre, Dorel, corre tan lejos como puedas!».

«¡No salgas a la calle, Dorel, que los moros buscan cabezas!».

«Dorel, esa guerra acabó hace tres siglos».

«Dorel. Buscan cabezas, Dorel, hace tres siglos, que buscan cabezas, que acabó la guerra...».

«No salgas a la calle, Dorel».

«¿Qué diría tu madre? ¡Corre, Dorel, corre tan lejos como puedas!».

«Hace tres siglos, buscan cabezas, la estatura de un hombre es la de su corazón».

Dorel tomó el espejo para darse coraje. Avanzó unos pasos. Solamente abriría la puerta. Tal vez, el joven estaba por allí cerca, pidiendo la moneda que le faltaba.

Las campanillas que colgaban de la puerta volvieron a sonar. Dorel asomó la cabeza y miró hacia ambos lados de la calle. El joven que acababa de venderle el espejo de ébano no estaba a la vista.

Dorel respiró hondo. Podría atreverse a llegar a la esquina. Le daría al joven la cuarta moneda para su medicina y regresaría de inmediato. Volvió a respirar. La tarde olía fuerte.

Cerró la puerta a sus espaldas. Y empezó a caminar.



En las historias el tiempo puede volver atrás y saltar hacia delante, no tiene forma fija, ni trazo obligatorio. Alas, eso sí tiene, para volar a su antojo por cualquier cielo. El cielo de hoy, el de ayer, el cielo que aún no comienza y el que nunca terminará.

Cuando Atima Imaoma tuvo doce años, fue vendida por el señor Fontezo y Cabrera. Y enviada a trabajar a una hacienda de la provincia de Mendoza.

A pesar de su triste situación, la niña tuvo ingenio suficiente para ocultar su espejo, de modo que nadie se lo quitara. Atima Imaoma lo mantuvo con ella, oculto y a salvo.

Años después, Atima Imaoma obtuvo permiso del amo para casarse con un esclavo de la hacienda. Y en el año 1802 nació una niña. Esta vez, sin importar cómo los amos decidieran llamarla, Atima Imaoma susurró el nombre elegido a oídos de la recién nacida.

Se trataba de un nombre que unía las dos partes de su vida, África y América, las dos orillas del mar.

—Te llamaremos Atima Silencio —dijo.

El carro de la peste, todo hecho de huesos humanos, llegó a Mendoza. Y tomó su gran carga de muertos.

A veces, los esclavos de las haciendas eran arrojados en él antes aun de que acabaran de morir.

En el carro de la peste se fue el padre de Atima Silencio. Poco después, su esposa, Atima Imaoma, se fue también.

Atima Imaoma se marchó con la luz del día. Y algo dijo sobre un barco que la esperaba en el puerto para llevarla de regreso a su tierra roja.

Desde entonces, Atima Silencio sólo pensó en escapar de allí.

3.

UNA HACIENDA EN LA PROVINCIA

DE MENDOZA, OCTUBRE DE 1816.

No se lo dijo a nadie, ni a la escudilla donde comía, ni a su sombra; porque Atima Silencio sabía que los rumores de fuga tenían sus propios pies. Y corrían a casa de los amos.

Escaparse no era difícil en aquella vasta hacienda, con poca custodia. Lo difícil, lo imposible, le hubiesen dicho algunos esclavos viejos, era evitar que los capturaran casi de inmediato. Era breve la libertad de los esclavos prófugos.

Además, le hubiesen dicho los mayores, ¿qué destino podía aguardarle a quien se escapaba de su suerte? ¿Dónde encontraría asilo? Fuera adonde fuera, sería devuelto al amo para recibir castigos sin nombre.

Atima Silencio pasó las noches con los ojos en el techo de paja del barracón donde dormía con las demás mujeres. Pensaba que no quería enfermar allí, como casi todas las esclavas, y morir en un camastro sin tener, siquiera, el consuelo de los tambores. Porque el amo los había prohibido.

Tam...

Tam, tam...

El ritmo seco y profundo ya no se escuchaba en la hacienda. Y con él se había acabado la única alegría de los esclavos.

Aquella noche, igual que las anteriores, Atima Silencio puso sus ojos en el techo. Una fuerte tormenta azotaba. El viento arrastraba el paisaje: hojas, polvo y estrellas; todo se iba con él.

Un madero flojo, casi desgajado del techo, golpeaba contra una de las paredes del barracón. Tam..., tam, tam... El sonido se transformó en una orden. «Vamos, Atima Silencio, abandona tu camastro y corre afuera. Hay caminos, hay tambores para guiarte. Vamos... Este es el momento. ¡Corre, Atima, corre tan lejos como puedas!».

Atima Silencio tomó de debajo de su almohada de heno el espejo que su madre le había heredado. Y salió de allí. Caminó sin prisa, como si fuese de día y tuviera que ir a limpiar los gallineros y las porquerizas. No miró hacia atrás, ni pensó hacia adelante. Sólo avanzaba paso a paso, ignorante de su destino.

Los gritos estremecieron la madrugada lluviosa.

¡Fuga, fuga!

Una partida de hombres con rifles salió a seguir el rastro de la esclava. La lluvia, que aún seguía cayendo, les dificultaba el avance. La mañana era oscura, oscuras sus razones, oscura la piel de la prófuga que respiraba con dificultad a causa del cansancio.

¡Fuga, fuga!

Los hombres se separaron para cubrir todo el terreno. A pesar de sus esfuerzos, Atima Silencio no había conseguido alejarse demasiado durante la noche de tormenta, calzada con sandalias de sogas y cuero. Varias veces se había caído. Siempre se había levantado.

De pronto...: «¡te tenemos...!».

Atima Silencio giró hacia sus perseguidores. Pero era sólo un espinoso que había enganchado su ropa. Respiró hondo, miró el cielo. Y siguió avanzando.

¡Fuga, fuga...!

El hijo mayor del amo iba con la partida. Le divertía cazar esclavos igual que le divertía derribar pájaros. Era bueno, quizás el mejor en captar indicios y huellas que señalaban el rumbo de los prófugos. Y se jactaba de ello. En esa ocasión sería muy fácil puesto que se trataba de una jovencita que, sin duda, dejaría evidencias por todo el camino.

Y el hijo mayor del amo de la hacienda no estaba equivocado.

Un jirón de ropa blanca, enganchado en una planta espinosa, era la señal que necesitaba.

Mejor sería no comunicárselo a nadie. Seguiría solo y traería del pescuezo a la prófuga. Su padre le palmearía la espalda orgulloso. Y su prometida se llenaría de admiración.

El atajo que Atima Silencio había elegido la llevó a la zona de quebradas rocosas. Quizás eran los tambores los que la estaban guiando hacia la altura. Tam..., tam, tam... Atima Silencio comenzó a trepar agarrándose de las salientes, con la esperanza de que la otra ladera la pusiera a salvo de sus cazadores. La quebrada era alta y escarpada. Pero, igual que antes, ella no miró hacia atrás.

Trepó Atima Silencio, ¡fuga, fuga!, trepó forzando sus piernas delgadas, tensando sus rodillas puntiagudas.

Ya casi llegaba a la cima. «Vamos, Atima Silencio. Hay caminos, hay tambores para guiarte. Vamos... Este es el momento. ¡Corre, Atima, corre tan lejos como puedas!».

Pero cuando la esclava alcanzó la cima se quedó paralizada: la ladera era, en verdad, una pared vertical, imposible de descender. Ella no era pájaro para volar, ni culebra para arrastrarse. Era una esclava prófuga que, cuando intentó volver sobre su camino, vio a la muerte con sombrero de paja, mirándola desde abajo.

El hijo del amo la había encontrado y sonreía. Tenía tiempo y posibilidad de pedir ayuda a los otros hombres. Pero ¿por qué hacerlo? Eso sólo serviría para compartir el mérito que le correspondía solamente a él.

Sus piernas eran fuertes, sus botas de cuero podían mucho más que unas sandalias de cuerda, sus brazos estaban bien alimentados; así que el hijo mayor del amo subió confiado, mirando el terror de la esclava atrapada entre él y un precipicio.

La lluvia torrencial había reblandecido el terreno. Y sus pies se apoyaron en la roca equivocada, suelta... Se desprendió una roca y arrastró otra roca, que arrastró otra roca. Los pies del perseguidor quedaron sin apoyo. Y su peso fue demasiado para las manos que intentaron sostenerse de una saliente escasa. El cuerpo del hijo mayor del amo dio tumbos secos mientras caía.

La muerte había perdido su sombrero de paja y su sonrisa. Ahora yacía boca arriba, con los ojos pálidos.

Atima Silencio lo miró desde lo alto. Justo entonces el cielo empezaba a abrirse. El sol estaba allí. El hijo mayor del amo parecía muerto.

Quizá, los tambores no se habían equivocado.

En poco tiempo las nubes se deshicieron.

El sol salió con fuerza. Despabiló a los animales y sofocó a los hombres con los vapores húmedos que levantó desde la tierra.

Los perseguidores de Atima Silencio comenzaban a impacientarse. Se secaban el sudor, escupían y maldecían a la esclava que los obligaba a demorar el descanso y la comida. ¡Ya lo pagaría! ¡Ya iba a pagarlo...!

Uno de ellos, que iba rezagado, se detuvo a beber. Le quedaba muy poca agua, de manera que se vio obligado a sacudir el odre sobre su boca abierta. Así estaba, de cara al cielo, cuando una luz llamó su atención.

—Allí, miren allí.

Los dos hombres que lo acompañaban siguieron la dirección del dedo extendido. Pero demoraron en advertir lo que su compañero señalaba... Sin embargo, después de un momento, una luz zigzagueó entre los árboles. Era indudable que se trataba de señales humanas.

El que había descubierto la señal de luz disparó al aire para avisar, a quien pidiera ayuda, que ya iban en camino.

Muchas cosas imaginaron y comentaron entre ellos mientras se acercaban al lugar. Tal vez uno de esos vendedores que llegaban de tanto en tanto, con su carreta cargada de mercancías, había sufrido un accidente. Podía ser un arriero mordido por una serpiente. O podía ser el mismísimo doctor, que visitaba con frecuencia al amo para aliviarle sus dolores de huesos, el que necesitara ayuda...

Muchas cosas imaginaron. Pero no imaginaron lo que iban a encontrar.

De pie, en la cima de la quebrada, la esclava prófuga hacía señas de luz con un pequeño espejo apuntado en dirección al sol.

Cuando los hombres se disponían a subir por ella, Atima Silencio les señaló el cuerpo que yacía en el fondo del barranco. Y luego, como para ahorrarles el trabajo, bajó por sí misma. Y se entregó.

Tres días después, Atima Silencio fue llamada a la casa principal.

El amo la esperaba sentado en su sillón, detrás de un gran escritorio labrado, con las esquinas de bronce. Los tres hombres que la habían hallado estaban de pie, a sus espaldas.

El amo bebía té porque tenía tiempo.

—Sos la que quiso burlarse de mí —afirmó.

El amo tenía tiempo, por eso bebía té a sorbos pequeños y ruidosos.

—¿Sabés que tu vida y tu muerte caben en la palma de mi mano? ¿Sabés que dejar un prófugo sin castigo es el peor error que un hacendado puede cometer? Pero salvaste la vida de mi hijo. El médico dice que volverá a ser el de antes. Y yo digo que volverá a ser el mejor cazador de esclavos prófugos.

El amo bebía el tiempo como si se tratara de un té muy caliente.

—Las mujeres son débiles, siempre lo digo. La prometida de mi hijo y mi esposa me han pedido por vos. Desean y suplican que, en compensación por lo que hiciste, te dé la libertad que tanto querés. ¿Y sabés qué haré yo...? ¡Les voy a dar el gusto!

Atima Silencio se tambaleó en su lugar. Las lágrimas que había retenido al borde de los ojos se derramaron.

—Les daré el gusto, claro que sí... Sos libre desde este mismo instante. Y hasta una carta te voy a dar para que nadie te traiga de regreso. Pero, escuchá bien esto, ¡vas a volver pronto! ¡Vas a volver suplicando!

¿Cómo te imaginás la libertad, desgraciada? Andá nomás..., que ya te voy a ver con la mano extendida.

El amo bebía té, el amo tenía tiempo.

Atima Silencio abandonó la habitación caminando de espaldas.

Esa misma tarde, ella y su espejo salieron de la hacienda hacia la libertad.

4.

ESPAÑA, PROVINCIA DE VALENCIA,

OCTUBRE DE 1818.

El sol ocupaba todo el espacio. Y sin embargo, no hacía demasiado calor.

Al principio, la luz fue dolorosa para los ojos desacostumbrados de Dorel, que debió cubrirse y parpadear antes de poder distinguir las formas.

«Hasta la esquina», se dijo. Pero la esquina parecía tan lejana como el horizonte. La esquina era un mundo desconocido y lleno de todos los peligros que María Petra le había enumerado sin cesar, durante años. Los moros, las moscas venenosas, los gitanos, la fiebre amarilla, la fiebre negra, los rayos que caen del cielo despejado, las grietas que pueden abrirse, de pronto, bajo los pies de las personas, las manadas de perros salvajes... Y otros muchos peligros horribles que esperaban cerca, afilando los dientes.

El miedo le endurecía las piernas. Le humedecía la nuca. Sin embargo, decidió avanzar hasta la esquina próxima. Solamente unos pasos, apenas unos pasos y volvería de inmediato a la seguridad del negocio de antigüedades.

De cualquier modo, no podía demorar demasiado porque María Petra tenía calculada la visita mensual a casa de su tía. Y pasara lo que pasara, iba a regresar puntualmente.

«Hasta la esquina», se animó Dorel a sí mismo.

Si encontraba al joven de cabello rojizo que había ido a venderle el espejo, bien, le daría la cuarta moneda que antes le había negado. Y si no lo encontraba..., ¡mala suerte! Entonces, olvidaría el asunto.

Dorel dio un paso, corto y vacilante. Nada ocurrió.

Dorel dio otro paso, y tres, y otro, y cinco y seis, y otro y otro, y nueve y diez, y otro...

Ya estaba a más de diez pasos de la puerta de la casa de antigüedades. Quizá con otros diez pasos podría alcanzar la esquina.

En eso estaba cuando, de pronto, un hombre vestido con traje oscuro apareció en la calle, avanzando hacia él. Dorel quedó paralizado. ¿Sería un moro?, seguramente no porque los moros tenían la piel negra.

¿Tendría alguna fiebre que le contagiaría pasando a su lado...? ¿Y si se trataba de un gitano?

Entre tantos pensamientos, Dorel sólo atinó a apoyarse contra el muro de piedra, con la cabeza metida entre sus brazos. Allí estuvo inmóvil, esperando que ocurriera lo inevitable.

Los pasos del hombre sonaban cada vez más cercanos. Ya casi estaba allí, ¿un gitano?, ¿un apestado por la fiebre amarilla?, ¿un rayo?

—¿Te sucede algo, muchacho? ¿Puedo ayudarte?

La voz del hombre sonó cordial. Y cuando Dorel asomó sus ojos sobre los brazos, vio una sonrisa sin colmillos.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —continuaba diciendo el hombre de traje oscuro.

Dorel negó con la cabeza.

—¿Buscas a alguien?

La cabeza de Dorel dijo que sí.

—¿Y a quién buscas?

—A..., a..., a un joven de es..., de es... de esta altura que..., que necesita una moneda.

—¿Un joven de cabello rojizo?

—Sí, señor. De cabello rojizo.

—Pues creo haberlo visto en la plaza principal. Si corres lo encontrarás.

El hombre se quedó esperando a que Dorel partiera. Un poco por eso y otro poco por el sol, Dorel comenzó a correr. Lo hizo sin saber siquiera dónde quedaba la plaza principal. Corrió sin ritmo ni fortaleza; pero corrió.

—¡Eh, muchacho! —lo llamó el hombre—. ¡Que tengas suerte!

Y suerte tuvo, porque la plaza apareció ante sus ojos.

En la plaza principal había matas de flores coloridas. Dorel se quedó boquiabierto ante ellas y pensó en agacharse a olerías. Pero ¡cuidado!, allí podría esconderse un nido de moscas venenosas.

De pronto, el corazón de Dorel volvió a acelerarse. Estaba en la plaza principal, y no entendía cómo se había atrevido a llegar tan lejos. Era

mejor que regresara. Al fin, el joven que le había vendido el espejo no estaba a la vista.

Al recordar el espejo, Dorel se llevó la mano al bolsillo donde lo había guardado.

—¡Eh...! —llamó una voz a sus espaldas.

Dorel giró espantado. Una anciana de mantilla negra le tendía la mano pidiéndole que la ayudara a cruzar un charco. ¿Darle la mano a un extraño? María Petra le hubiese vaticinado una muerte casi segura por contagio. Pero la anciana estaba impaciente.

—Muévete que no tengo todo el tiempo del mundo. ¿O será que no te enseñaron a respetar a los mayores?

La mano de Dorel se extendió vacilante hacia la anciana, que se agarró con increíble fuerza. Y cruzó el charco con poca dificultad.

—Creo que deberías estar haciendo algo de provecho —dijo la anciana —, en lugar de estar haraganeando en la plaza.

—Busco a alguien —Dorel se sintió obligado a dar explicaciones.

—¡No me digas! ¿Y a quién buscas?

—A un joven de cabello rojizo que, según creo, debe estar pidiendo una moneda.

—Tienes suerte... Acabo de verlo. El pobrecito está en el puente, pide que pide para una medicina. Pero nadie le ha dado nada. Ni yo pude hacerlo porque soy demasiado pobre. Si tú tienes una moneda para darle, ve a buscarlo.

—Es que no puedo... —comenzó a decir Dorel.

Aquella anciana no tenía paciencia ni ganas de discutir.

—No vengas con que no puedes. Claro que puedes porque tienes dos piernas. Ve al puente enseguida. No discutas con alguien que podría ser tu abuela. ¡Corre, corre...!

Un poco por la determinación de la anciana y otro poco por el sol, Dorel tomó rumbo al puente sin saber siquiera dónde quedaba.

Pero el puente apareció ante él. Era una arquitectura sobria, que cruzaba sobre un río angosto y poco caudaloso.

En aquel lugar, el mundo parecía un remolino.

Dorel veía y escuchaba como se ve y se escucha en las pesadillas: lejos y cerca. Las formas y los colores se le echaban encima, y luego se alejaban como arrastrados por un viento. Los ruidos de la ciudad atronaban en sus oídos. Y enseguida se desvanecían sin dejar eco.

Dorel giró la cabeza hacia un lado y hacia otro. Tampoco estaba allí el joven de cabello rojizo.

A esas alturas, Dorel había perdido el sentido del tiempo, de modo que ya no calculaba cuántos minutos tenía para llegar a casa antes de que lo hiciera María Petra. Pocos, muy pocos; eso era seguro. Así que, cuanto antes iniciara el regreso, sería mejor...

—¡Buenos días!

Una muchacha que tendría, más o menos, su misma edad lo saludaba. Y le sonreía. Llevaba colgada del brazo una canasta cubierta con un mantel blanco.

—Vendo panecillos de anís, ¿quieres comprar?

Dorel recordó los cuadros al óleo que había en la casa de antigüedades y que él solía mirar largamente. Aquella muchacha parecía salida de uno de ellos.

—Si tienes una moneda, compra un panecillo —insistió la muchacha de largo cabello ondulado—. Están recién horneados. Te gustarán.

—Tengo una moneda, pero no puedo gastarla —respondió Dorel.

—¿Y por qué? —la muchacha no dejaba de sonreír.

—Porque debo dársela a un joven de cabello rojizo que la necesita para comprar...

—¡... una medicina! —completó la vendedora de panecillos de anís.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque acabo de verlo en el puerto. Casi lloraba el pobre. Yo le di uno de mis panecillos para que, al menos, no tuviera hambre. ¡Es una suerte saber que tú vas a darle esa moneda!

Dorel sonrió también, por primera vez en ese día. Por primera vez en mucho tiempo.

—Anda —lo animó la joven—. Y si quieres regresa otro día para que conversemos. Estoy siempre aquí vendiendo panecillos.

Un poco por el sol, pero más por la blanca sonrisa de la vendedora, Dorel empezó a andar. Sintió tras de sí la mirada de la joven y eso lo obligó a caminar sin mostrar vacilaciones.

Ese viento que llegaba a su nariz, con olor a madera húmeda y a pescado, debía venir del puerto. Pero ¿podría llegar allí, entregar la moneda y regresar a tiempo?

«Moros, gitanos, fiebre amarilla, rayos, perros salvajes...». Posiblemente, la distancia que había entre Dorel y la casa de antigüedades hacía que la voz de María Petra se escuchara con debilidad.

Al fin, llegó al puerto. Aquello sí que era un mundo entero. Entero, desordenado, sucio, maravilloso.

Un mundo lleno de gente y de gritos, donde sería casi imposible encontrar al joven de cabello rojizo. Un barco se alejaba. Y a Dorel se le llenaron los ojos de lágrimas. Alzó la mano y saludó. El barco hizo sonar la sirena. Y el pobre Dorel, que apenas estaba conociendo el mundo, creyó que el barco le estaba respondiendo.

Como sea, decidió que era momento de volver. Demasiada suerte había tenido hasta ese momento. Pero mejor no abusar de ella.

«La buena suerte es una pizca de pimienta. Te acercas a ella para olería, estornudas y la haces volar lejos de ti», eso decía siempre María Petra.

Un montículo de piedras le dio una idea a Dorel, que ya se sentía capaz de sostenerse sobre sus piernas. Subiría hasta allí para ver si divisaba al joven. Si lo hacía, bien, lo llamaría para darle su moneda. Pero si no lo veía, entonces regresaría de inmediato.

Subió, miró hacia aquí, miró hacia allá. Y nada. Era momento de volver.

Mientras descendía, recordó el pequeño espejo. Con el valioso objeto lograría reducir el castigo de María Petra. En lugar de tres meses de trabajo doble y media ración de comida, serían dos meses y veinticinco días. Dorel tanteó su bolsillo. El espejo seguía a salvo.

Dorel pensó que tenía sed. Y tomó el camino de regreso.

—¿Adónde vas, jovencito? Te atreves a pasar con tus ruidosos zapatos sin notar que aquí hay un poeta buscando versos.

—Disculpe —dijo Dorel, que conocía sobre los poetas gracias al maestro.

—Es muy fácil pedir disculpas. Pero los inigualables versos que comenzaban a tomar forma en mi cabeza, éstos ya no están...

—Tal vez regresen —se atrevió a responder Dorel.

Entonces, la ira del poeta fue tanta que se alzó de la roca en la que estaba sentado. Y tiró sus papeles al viento.

—¡Jamás...! —gritó—. ¡Los versos jamás regresan! Son como los ríos. ¿Has visto tú un río que regrese?

Dorel pensó que había muchas cosas que jamás regresaban. Lo pensó, pero no lo dijo en voz alta. Sin embargo, algo debió pasar en su rostro que conmovió al poeta.

—Supongo que, al menos, habrás tenido un motivo importante para molestarme con tu presencia.

Dorel se sintió feliz de tener una buena razón para dar.

—Sí, señor. Busco a un joven de cabello rojizo...

—En el monasterio —lo interrumpió el poeta—. Allí estaba golpeando la puerta. Ahora márchate. Y deja que mis versos regresen.

—Pero, señor. Usted acaba de decir que los versos no regresan...

—¡Fueee... ra!

Un poco por el alarido y un poco por el sol, Dorel se marchó sin decir ninguna otra palabra.

El monasterio era una construcción de piedra, rodeada de grandes árboles.

No todas las puertas cerradas son iguales. Algunas hay que imponen respeto; de modo que llevan a quedarse parado ante ellas con la mano extendida, sin atreverse a llamar. Ante esas puertas el viajero se pregunta, repetidas veces, si el motivo que lo llevó hasta ellas vale tanto como para molestar a quienes están detrás, ocupados en graves tareas.

Exactamente así estaba Dorel, cuando alguien le habló desde arriba de un árbol.

—¿Qué buscas, hijo?

Qué bien sonó aquella palabra en boca del monje delgado y barbudo que ahora bajaba del árbol con increíble agilidad.

—Me gusta la sombra —explicó el monje. Y luego repitió su pregunta—: ¿Qué buscas?

En esa oportunidad, Dorel sacó el espejo de su bolsillo. Y se lo mostró al monje.

—Un joven de cabello rojizo me vendió este espejo. Y yo le debo una moneda.

—¿Se trata de un joven que necesitaba una medicina?

—Sí —dijo Dorel—. Ese mismo.

—Puedes estar tranquilo. El muchacho estuvo aquí. Le dimos lo que necesitaba. Y algo más. Por cierto, estaba muy agradecido hacia la persona que le había comprado el espejo. Y por lo que veo, esa persona eres tú.

—Yo soy, sí —Dorel no quería marcharse de aquel lugar sombreado y fresco.

El monje se quedó mirándolo con atención. Sacó las manos de las mangas de su túnica marrón y acarició la cabeza de Dorel.

—Pareces sediento —dijo.

—Es verdad. Vengo caminando de muy lejos.

El monje sonrió.

—Quizás —dijo—. Porque lo lejos y lo cerca dependen del caminante.

Un rato después, Dorel bebía un tazón de leche fresca en una sala del monasterio. Con una mano sostenía la taza. Y con la otra, el espejo que un rato antes le había mostrado al monje.

—Cierto que tenías sed, Dorel —dijo el monje barbudo que, para ese momento, ya sabía el nombre de su invitado.

—Sí, señor, tenía.

El monje pareció tener una idea repentina.

—Iré a prepararte una vianda con galletas y frutas, ya que dices que tu camino es tan largo. Mientras tanto, mira y curioseas a tu gusto.

Dorel caminó por la sala. No había allí demasiado para ver, excepto unos muebles enormes de madera gruesa y sobre ellos algunos libros. Una bandeja de plata, un crucifijo, papeles y tinta...

De pronto, los ojos de Dorel se abrieron como frente al mejor de los paisajes.

Estaba sobre una repisa adosada al muro. Parecía conocerlo y esperarlo.

Dorel dejó el espejo que aún sostenía. Y tomó el precioso objeto con cuidado, aunque sin temor. Lo apoyó sobre su hombro izquierdo... Rasgó el aire.

Sonó un acorde de violín en el monasterio. Y para todos aquellos que lo escucharon fue evidente que la mano que lo tocaba poseía una virtud singular y asombrosa.

Detrás de la puerta, el monje escuchaba con todo su cuerpo, y asentía.

En el espejo colocado sobre la repisa se reflejaba el rostro resplandeciente de Dorel. El joven sonreía. Y eso es lo mismo que decir que sonreía el espejo.

El pequeño espejo enmarcado en ébano.



A fines de 1816, en América del Sur, un ejército se preparaba para cruzar las montañas.

Atima Silencio caminó por una ciudad convulsionada, que no tenía tiempo ni oídos para una pequeña esclava liberta.

Pidió trabajo y no se lo dieron. Nadie quería cargar con una esclava que ya había probado la libertad. Era un riesgo demasiado alto. Y era, también, un mal ejemplo para los esclavos propios.

Atima Silencio caminó día y noche, obteniendo apenas, y a veces, una limosna que le permitía alimentarse.

Tanto anduvo que, finalmente, el día y la noche fueron una misma cosa para ella.

Pero el hambre tiene sus habilidades. Y el olfato es una de ellas.

Atima Silencio sintió olor a carne asada. Y fue tras él...

5.

PROVINCIAS UNIDAS DE SUDAMÉRICA,

CAMPAMENTO MILITAR EN MENDOZA,

NOVIEMBRE DE 1816.

Se ocultó en la oscuridad que rodeaba a la hoguera. Su corazón decía una cosa y su estómago, otra.

Cerca, un hombre tocaba la guitarra. Y cantaba una copla sobre un hombre que cantaba una copla. Otros hombres iban y venían, ocupados en quehaceres que Atima Silencio no podía distinguir. De tanto en tanto, sonaba una voz o una carcajada.

A un costado de la hoguera, sobre un brasero de hierro, se recocían restos de carne y grasa.

Atima Silencio debía decidir entre su hambre y su miedo. Y el hambre, claro, pudo más.

La primera reacción de los hombres, al verla aparecer, fue de absoluta indiferencia. Con tanta penumbra, creyeron que se trataba de una de las pocas mujeres que ayudaban a diario en los preparativos para la campaña. Las conocían a todas. Viudas, en su mayoría. Decididas, escandalosas y malhabladas como marineros de un barco carguero. Pero pronto, uno de ellos observó la novedad. Y con un grito llamó la atención de sus compañeros.

Todos giraron a mirarla. Algunos pensaron que todavía era una niña. Otros, en cambio, pensaron que ya había dejado de serlo.

Atima Silencio tenía puestos los ojos en el brasero donde chirriaban los restos de asado.

—¡Acercate!

Y ella avanzó un poco.

—Si querés comer, tenés que acercarte más.

—No tengas miedo...

—Vamos, acercate.

Los trozos de carne se apretaron en la hoja de un cuchillo pequeño y filoso.

—¡Tomá!

Atima Silencio comió con avidez. Si su madre hubiese estado allí, le habría dado un reto de esos que no terminaban nunca. Pero su madre no estaba para retarla, ni para protegerla.

Uno de los más jóvenes se acercó a ella.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde venís? De seguro sos una esclava prófuga. ¿Tenés miedo? —se acercó un poco más—. Sos bonita, ¿sabés? —tomó coraje en la risa de sus compañeros—. ¿Qué es lo que llevás colgado en el cuello? Dejame verlo...

Sin embargo, no alcanzó a tocar el espejo cuando algo lo detuvo en seco.

Dos jinetes se aproximaban.

Aquellos hombres debieron reconocer alguna señal porque, de inmediato, se levantaron. Acomodaron sus ropas y su aspecto.

Los recién llegados traían linternas de aceite, con las que recorrieron el grupo, rostro por rostro.

—¿Quién es esta niña? —el que preguntó tenía autoridad sobre todos ellos. Y sobre muchos otros.

¿En verdad la madre de Atima Silencio no estaba allí para protegerla...?

Las explicaciones que recibió el jinete fueron entrecortadas. Y no dijeron mucho.

—Llévenla con las mujeres. Ellas sabrán tratar a una niña asustada y hambrienta mucho mejor que nosotros. ¿No lo creen así, soldados?

—Sí, señor.

Así comenzaron para Atima Silencio los pocos días de sosiego y alegría que aquel lugar podía darle.

Tuvo alimento y hasta alguna compañía. Las mujeres le dieron trabajos y conversación. Pero nunca dejaron de advertirle que, muy pronto, el ejército partiría. Y cada quien seguiría su propio rumbo.

Atima Silencio conoció el nombre y el rango del jinete que la había ayudado. Solamente dos veces volvió a verlo, y siempre de lejos.

Hubo, sin embargo, una tercera oportunidad que Atima Silencio no dejó pasar.

—Buenas tardes, señor.

Fue duro el gesto del hombre que se vio obligado a levantar la mirada de sus papeles. No reconoció a la joven que estaba, días atrás, junto a la hoguera. Y jamás iba a reconocerla.

—¿Qué buscás aquí?

—Sé que usted necesita muchas cosas para su ejército. Y yo tengo...

—No es mi tarea recaudar las donaciones. Afuera te van a indicar adónde llevarlas.

Una tos seca interrumpió la malhumorada respuesta.

—Alce los brazos, señor —dijo Atima Silencio—. Alce los brazos y diga «Con Dios, con Dios se va la tos».

El hombre se sirvió agua de una jarra que había a su lado. Bebió un sorbo. Y no pudo evitar sonreír.

—Vamos a ver qué tenés para donarle al ejército.

El rostro de Atima Silencio era un carbón encendido.

—Este espejo, señor —entonces, Atima Silencio atropelló las palabras—, viene del África, señor. La madre de mi madre se lo dio a mi madre y mi madre me dijo que su madre...

—¡Despacio... que, con tantas madres, ya no comprendo lo que decís!

Después, como si no estuviera interesado en la historia, el hombre cambió de tema.

—¿Y para qué creés que podría servirnos un espejo?

Atima Silencio respondió enseguida:

—Para hacer señales de luces, señor. Yo las hice y con eso salvé la vida del hijo de mi amo que, por eso, me dio la libertad.

—Vaya.

Pero, una vez más, la conversación de la joven no logró captar la atención del hombre que, con apariencia distraída, miraba el espejo que sostenía en la mano.

—¿Sabés lo que es un salvoconducto? —preguntó de repente.

Atima Silencio negó con la cabeza.

—En medio de una guerra, es necesario que los mensajeros que se trasladan de un sitio a otro lleven consigo algo que los identifique... Una seña, algo que nos indique que se trata de un amigo. ¿Me entendés?

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Mirá lo que vamos a hacer para darle a este espejo un buen destino.

El general José de San Martín tomó un estilete.

Y grabó su firma en la parte inferior del dorso del espejo. La madera de ébano quedó marcada para siempre.

—¡Ya está! —dijo—. Ahora es un salvoconducto. Y tendrá trabajo en esta guerra.

Atima Silencio estaba feliz.

—Gracias, señor.

—Te prometo que lo llevará uno de mis mejores mensajeros.

Pocos días después, las barracas se levantaron. Y los hombres partieron.

Cada quien tomó su rumbo, como habían advertido las mujeres.

Para Atima Silencio se habían terminado los días de sosiego y alegría que aquel lugar había podido darle.

6.

CHILE, CIUDAD DE TALCA,

18 DE MARZO DE 1818.

Atardecía en la ciudad de Talca. Y en las afueras, el ejército del general San Martín acampaba con la intención de pasar allí la noche. Los soldados debían comer y descansar, para enfrentarse al enemigo al día siguiente.

Frente a una posta de la ciudad chilena, un viajero detuvo su caballo.

Le quedaba muy poco para llegar a su destino, pero el caballo le pedía agua y reposo para seguir andando. El viajero pensó que la posta era un buen lugar y se detuvo.

El sitio estaba vacío, excepto por un reducido grupo de realistas, sentados alrededor de una ilusa. El hombre agachó la cabeza y trató, de todas formas, de pasar desapercibido. Al fin, era un paisano más, que se detenía por un plato de comida caliente.

El recién llegado pidió su cena, con pocas palabras. No se quitó el sombrero, ni giró a mirar a los realistas que, en su mesa, susurraban y reían.

Pero aunque aparentaba indiferencia, el paisano tenía los sentidos adiestrados de un mensajero: vista, olfato y oído. Advirtió que dos de ellos tenían grado de sargento. Los otros tres eran soldados. Se hizo levemente hacia atrás y, de a pedazos, fue entendiendo el sentido de la conversación:

—Es grande nuestro general Ordóñez...

[...]

—... dispersos o dormidos...

[...]

—Apuesta a que mañana estaremos aquí mismo, celebrando.

El paisano empezaba a comprender. Un ataque sorpresivo se preparaba para esa noche contra el ejército de San Martín, que descansaba en Cancha Rayada.

Se llevó la mano al pecho para tantear el espejo que lo identificaba como mensajero. Debía apurarse para llegar a tiempo.

Llamó al posadero. Pagó la comida que ni siquiera había probado y se dispuso a partir. Sin embargo, antes de que pudiese abandonar el lugar, uno de los sargentos se dirigió a él.

—¡Eh, tú! ¿Tan rico o tan bobo eres que pides comida y no la tocas?

—Ni tan rico ni tan bobo. La comida es mala —dijo el paisano. Y procuró dar fin al asunto.

—Nosotros podemos comer aquí, entonces tú también puedes.

Si algo necesitaba el mensajero para asegurarse de que había entendido bien la conversación anterior, era observar lo que cenaban los realistas: solamente una jarra con agua y unos tazones de caldo. Eso indicaba que aquella noche necesitaban estar sobrios.

—Quizá le moleste nuestra presencia —terció el otro sargento.

—Eso no —respondió el paisano.

Quien va a entrar a un campo de batalla tiene el ánimo alterado y la sangre ansiosa. Sabe que de cualquier modo, matando o muriendo, estará obligado a tratar de cerca con la muerte. En cambio, no sabe si regresará. Y el miedo, a veces, se coloca la más cara de la burla o de la prepotencia.

—Acércate y prueba un poco de caldo —dijo el que había hablado primero.

—Prefiero retirarme.

—¡Pero yo prefiero que te acerques a tomar caldo, criollo sucio! —el realista golpeó la mesa con furia.

El mensajero tenía un único objetivo: salir de allí y galopar hasta el campamento para dar aviso al ejército libertador. Por eso, no dudó en quedar como cobarde ante los realistas y hacer en silencio lo que le ordenaban.

—Si usted me lo pide.

Antes de que pudiese cumplir la orden, cuando se inclinó para alzar el tazón, uno de los realistas vio el espejo colgado de su cuello.

—¡Miren al paisano llevando chucherías de mujeres!

La carcajada de todos los otros acompañó el comentario.

—¿Tan buena cara te crees?

El sargento realista sostenía el espejo, obligando al paisano a permanecer inmóvil. Hasta que, de un tirón, cortó el cordón que lo sostenía.

Entonces lo dio vuelta para observarlo.

Entonces su rostro cambió, súbitamente.

Entonces, habló de otro modo.

—Conozco este trazo. Lo vi en el salvoconducto de unos que traían correspondencia militar hacia Chile. Entre ellos había un indiano que nos hacía de informante.

El sargento realista se puso de pie. Detrás de él, lo hicieron los demás. El mensajero intentó desarmar la sospecha.

—No sé si será lo que usted dice. Pero gracias a esa rotura me lo vendieron barato, y se lo llevo a mi esposa para que me perdone la demora en llegar.

Algunos realistas parecieron creerle. Pero no todos.

—Tu esposa tendrá que esperar un poco más. Te vienes con nosotros al cuartel para que el general Ordóñez vea tu espejito. ¡A ver si dices la verdad...!

—Le suplico, sargento.

—¡Un carajo!

El sargento se quedó con el espejo. Todo estaba dicho.

Los realistas se apartaron hacia donde colgaban sus casacas, sus gorras y hasta algunas de sus armas, para tomar todo y marcharse con el prisionero.

El mensajero del ejército libertador soñó que era posible...

Tenía que aprovechar un descuido de los realistas para escapar de allí. La oscuridad de la noche que comenzaba iba a ayudarlo... Llegaría hasta el caballo atado en un poste cercano, montaría y saldría al galope. Los realistas no iban a reaccionar a tiempo. Cuando salieran, él ya estaría lejos, fuera del alcance de sus balas.

Casi sin darse cuenta, el mensajero hacía mientras soñaba, soñaba mientras hacía.

Con un movimiento rápido y sorpresivo salió de la posada... Oscurecía. Corrió hacia el caballo, desató el amarre y montó. Pero hasta allí llegó su sueño.

Dos balazos entraron en su cuerpo. Y entonces, la noche y él fueron la misma cosa.

Aquella misma triste noche, un ataque sorpresivo sembró pánico y sangre en Cancha Rayada.



¿Quién dice que los objetos no hablan?

Lo hacen, pueden hacerlo a través de sus mínimas grietas, de los sitios donde están desgastados. Hablan a través de los matices del color que, alguna vez, tuvieron.

Cuentan sus historias como si fueran antiguos mapas que los expertos deben descifrar.

Esto es bien sabido por los arqueólogos. Y por los poetas.

El pequeño espejo de ébano lustroso, que había nacido en el África como un regalo de boda que Imaoma hizo para Atima, tenía mucho más para contar.

7.

PROVINCIA DE MENDOZA, AÑO 1821.

Después de la partida del ejército libertador hacia Chile, comenzaron para Atima Silencio años difíciles. Sólo conseguía trabajos duros y temporarios, que le desgastaban la salud y no le dejaban a cambio mucho más que comida y un techo compartido.

Supo de la derrota en Cancha Rayada. Más tarde, se alegró con las victorias. Pero las victorias de la libertad aún le eran ajenas. Y en nada aliviaban su situación.

Su último trabajo había sido descarnando cueros en una curtiembre, durante la temporada, pero había acabado semanas atrás. Ahora, Atima Silencio deambulaba nuevamente por la ciudad, sin dinero ni refugio, bajo un cielo amenazante.

Era invierno. La vida empeoraba.

Anocheceía. La vida empeoraba.

Ladraban perros ajenos. Y el propio estómago era una boca sollozante.

Las casas iluminadas por lámparas de aceite, donde era simple imaginar cacerolas llenas y mesas tendidas, estaban tan cerca y tan lejos. Pero tan lejos...

La vida empeoraba.

Atima Silencio golpeaba puertas. Pedía comida a cambio de trabajo. Las respuestas que recibía eran agrias y violentas.

«—¿Qué buscás a estas horas?».

[...]

«—¡Nada, nada! ¡No hay nada!».

[...]

«—¡Y que no te vea más por acá! ¿Entendiste?».

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

La esperanza llegó cuando el dueño de una casa importante salió hasta la verja. Y le habló con gentileza.

—¿Estás buscando ayuda?

—Sí, señor. Tengo hambre. Y puedo trabajar a cambio de comida.

El dueño de la casa entrecerró los ojos.

—Sos una esclava liberta, ¿no es verdad?

—Así es.

El rostro del hombre se transformó, aunque su modo siguió siendo amable y elegante.

—Entonces, vas a tener que arreglártelas con tu libertad. ¡Vos la quisiste! Ahora la tenés. Esta es la libertad. Llenate la panza con tu libertad, y abrígate con tu libertad.

Atima Silencio siguió caminando por la calle adoquinada. Una de sus lágrimas vivió un poco más porque se enganchó en un pellejo de su boca reseca y lastimada.

Se detuvo ante otra casa importante. Quizás allí necesitaran servidumbre. Muchas de sus ventanas estaban iluminadas. Y Atima Silencio se atrevió a tocar la campanilla. Lo hizo, y juntó sus manos para pedir suerte aquella vez.

La respuesta a su llamado avanzó en cuatro patas, desde el fondo del parque.

Dos perros oscuros saltaron sobre la verja, con una ferocidad que la obligó a retroceder. Enseguida, los perros de las cercanías se sumaron. Y en pocos instantes, la calle se llenó de ladridos roncós. Una silueta apareció en una ventana de la planta superior. Estuvo allí un momento. Y desapareció.

Atima Silencio llegaba al límite de su fuerza. Y las palabras que el amo de la hacienda le había dicho el día que le dio la libertad, volvían sin cesar a su memoria: «Escuchá bien esto, ¡vas a volver pronto! ¡Vas a volver suplicando! ¿Cómo te imaginás la libertad, desgraciada? Anda nomás..., que ya te voy a ver con la mano extendida».

El amo tenía razón. La libertad era atroz, era amarga.

«Por favor, Dios, quiero volver a la hacienda», pensó Atima Silencio.



Según parece, hay dones para cada uno. Dicen que cada persona tiene el suyo, aunque a veces no sea fácil reconocerlo.

Hay casos de personas que no quieren, no saben o no pueden advertir cuál es la gracia, la virtud que traen consigo. A veces, las descubren después de dar rodeos y hacer intentos de todas clases. Otras veces, en cambio, el don se hace evidente muy pronto.

Dorel fue el típico caso de alguien que no parecía demasiado bendecido por la vida. Huérfano desde muy pequeño, ni demasiado bello ni demasiado saludable, sin un centavo en los bolsillos. Y, para peor, criado hasta los diecisiete años entre las paredes de un anticuario.

Un joven solitario, que se asustaba hasta de las aves que se posaban, durante las primaveras, en las ventanas altas de la casona de María Petra.

Pero, dicen también, que el destino tiene sus caminos para el que se atreve a andarlos.

Y andando, Dorel llegó a la esquina, a la plaza, al puente, al puerto, al monasterio y al violín.

En pocos años, su inusitada virtud y su ardiente trabajo dieron frutos.

8.

ESPAÑA, UN TEATRO EN LA CIUDAD

DE MADRID, AÑO 1822.

Una mujer se quitaba los guantes, ya sentada en una butaca de excelente ubicación. Aquella era su última noche en Madrid, y había decidido asistir a un concierto que brindaba una reconocida orquesta de la ciudad. La velada prometía, además, la presentación de un joven y muy virtuoso violinista.

La mujer vestía con cuidada elegancia. Lo único que hubiese podido llamar la atención en ella era su capa, demasiado abrigada para la primavera española.

Aún quedaba mucha gente por entrar, buscar sus lugares y acomodarse en ellos. Mientras esperaba el inicio de la función, la mujer tomó los guantes que acababa de quitarse y comenzó a jugar con ellos como si fuesen otras manos. Unas manos queridas y lejanas.

—Laureana, Inés, Anita.

—Ésos no.

—Matilde, Remedios...

—Ésos tampoco.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Mucho, sin dudas. Era cuestión de hacer memoria... Algunos años después de la partida de Atima Imaoma, sus padres encontraron un buen candidato para ella. Nunca le faltarían esclavos ni pianos, le dijo su padre. Y en eso no se había equivocado.

Pero ¿cuánto tiempo, exactamente? ¿Cuántos años? Debió haber sido en 1791 cuando su familia sufrió aquel traspie y se vio obligada a vender parte de sus bienes. Ella tenía doce años... Y se casó al cumplir los diecinueve. Entonces, pasaron siete años desde que Atima Imaoma fuera llevada a una hacienda de la provincia de Mendoza, hasta el día de su boda.

—Luisa.

—No.

—Esperanza...

—Tampoco.

¡Y ese extraño nombre que había elegido! ¿Sería cierto que el espejo se lo había dictado? ¿Cuántos años...? Siete.

Después llegaron sus dos hijos varones, que crecieron tan rápido como álamos.

—Juana, Jesusa...

—No, tampoco.

La mujer recordaba con nitidez que, en tiempos de la Revolución, ella había añorado más que nunca la felicidad de su niñez. Quizás fue porque, a su alrededor, todo cambiaba. Y los pianos y los esclavos eran recuerdos permanentes de su tristeza.

Una tarde de invierno enviudó. Y nada cambió demasiado.

Ahora, ella unía en el recuerdo su infancia y la Revolución. Los dos momentos en que pudo escuchar el ruido de su sangre, y el ruido de la sangre de los otros.

¿Cuánto hacía de eso? Los hijos, la viudez...

Sin embargo, algo más tuvo que suceder para que ella se decidiera a tomar el mando de su vida. Y fue una noche en que despertó con poco aire. Se levantó de la cama como pudo, abrió las ventanas. Y vio que el aire de afuera tampoco le alcanzaba.

Al fin había llegado el tiempo en que iba a decidir por sí misma. Ni por sus padres, ni por su esposo, ni por sus hijos. Ni siquiera por el médico que no le recomendaba, en su estado de salud, un viaje tan largo.

Como si volviera a su infancia, como si volviera a los días de 1810, Raquel Fontezo y Cabrera quiso ser feliz.

Un solo de violín la devolvió a la realidad.

El concierto había comenzado sin que ella lo notara.

Raquel reparó en la extraordinaria destreza del violinista. Y reparó en su aspecto de liebre asustada. El joven músico tenía, sin embargo, la inigualable belleza que toman las personas cuando están apasionadas en algún quehacer.

En el pasado, ella hubiese podido amar a un joven como aquél, aunque él no hubiera podido darle pianos ni esclavos. ¿Cuánto tiempo había pasado...?

—Josefina, Gracia, Rosaura...

—Ésos no.

—Beatriz...

—Ése tampoco.

Cuando acabó la función, el público aplaudió con un fervor poco usual.

Sin embargo, la primera en hacerlo de pie fue una mujer que aparentaba unos cincuenta años y vestía ropa elegante.

Los mejores comentarios se los llevó el joven violinista.

—¡Tan joven! —se escuchaba.

—Un verdadero talento —decía la gente, mientras abandonaba la sala.

Dorel estaba en su camarín, quitándose la ropa de escena. A pesar de su nueva situación, seguía siendo un joven tímido, que aún mantenía ciertas costumbres del miedo. Sobresaltarse, por ejemplo. Como lo hizo cuando oyó dos golpes en la puerta de su camarín.

Antes de que pudiera responder, la antigua vendedora de panecillos de anís, que ahora era su mejor amiga y su asistente, abrió la puerta y asomó la cabeza:

—Alguien desea verte, Dorel —y agregó—. No pongas esa cara de susto... Se trata de una señora que, según creo, se emocionó mucho con tu violín y desea felicitarte. ¿Puedo hacerla pasar?

Dorel sonrió esperanzado. ¿Qué otra señora podía ser la que insistiera en saludarlo? Seguro era ella, que se habría enterado por algún cliente o por el periódico. O quizá se lo había dicho la tía en su visita mensual.

Dorel se acomodó el cabello. Y se preparó para abrazarla.

—Con permiso.

Pero la mujer que entró a su camarín no era María Petra.

—Pase, por favor —dijo Dorel, sin poder disimular su decepción.

—Parece que esperaba a otra persona.

—Disculpe —murmuró Dorel, avergonzado.

—¿Se trata de su novia? —la mujer hablaba con la seguridad de una gran dama.

—No, no.

—¿De su madre, entonces?

Dorel demoró un poco en responder.

—Bueno, quizás es lo más parecido a una madre que conocí.

—Ya veo... —dijo la mujer. Y continuó—: Estará usted cansado y yo no quiero importunarlo mucho. Sólo quise decirle que su violín tiene alma.

—Gracias, señora.

—Y algo más, ya que es usted tan gentil —Raquel sacó un pañuelito de su bolso de mano—, ¿podría escribir su nombre aquí?

—Por supuesto —Dorel no estaba acostumbrado a semejantes pedidos y enrojeció—. Permítame que busque tinta y pluma.

Raquel hablaba y miraba con curiosidad a su alrededor.

—¿Sabe...? Dentro de algún tiempo voy a emprender un largo viaje. Y estoy reuniendo algunas prendas preciosas que llevaré conmigo.

—Gracias, señora —repetía Dorel, confundido por los elogios—. Es usted demasiado amable.

—No es amabilidad. Puede estar seguro de que es puro agradecimiento. Le decía que su violín...

Pero, de pronto, la dama se interrumpió. Su rostro perdió el color y cambió de aspecto. Comenzó a caminar, sin decir palabra, hacia una mesa donde Dorel había depositado sus pertenencias. Tomó el espejo con temor, murmurando pensamientos:

—No es posible, mi Dios, ¿cómo podría...? —hizo un esfuerzo por reponerse y preguntó con claridad—: ¿Es suyo?

Era difícil decir, según el tono de su voz, si estaba asombrada, enojada, triste. O todo al mismo tiempo.

—¿Por qué tiene usted el espejo de Atima Imaoma?

—¿De quién?

Ahora sí, Dorel no comprendía nada.

—La llamábamos Silencio. Luego ella me dijo que su nombre era Atima Imaoma —Raquel volvió al primer asunto—. ¡Pero este es su espejo! Lo reconocería entre millones.

—Compré este espejo a un joven de cabello rojizo. Es decir, no terminé de comprarlo.

—No puedo entenderlo... —volvió a decir la dama para sí—. No puedo creerlo.

Una vez más, como siempre le sucedía, Dorel se sintió obligado a dar explicaciones. Como si fuese culpable de la perturbación de aquella señora y, ¿quién sabe?, de todo lo malo que sucedía en el mundo.

—En verdad, aquel joven me dijo que el espejo venía de América. Y que su padre lo había obtenido allí. También me dijo que...

—América —interrumpió la señora Raquel.

—Sí, sí. América.

—¿Y quién me dijo usted que se lo vendió?

Dorel estaba transpirado de pies a cabeza. Temía que aquella dama pensara que él era un ladrón o que había obtenido aquella pieza con malas artes.

Quizás la señora imaginara que tenía tratos con las ventas de piratas.

Quizás creía que había matado a algún viajero para quitarle sus pertenencias.

Quizás los moros aún cortaban cabezas.

Quizás doña Petra tenía razón.

Agobiado por la vergüenza, Dorel dio más explicaciones de las que le pedían. Y no pidió ninguna. Raquel escuchó y entendió apenas el entrecortado relato. Pero en ningún momento dejó de ver una señal del destino en ese extraordinario hallazgo.

Igual que cualquier persona asustada por la falta de cariño, Dorel hacía todo lo posible por ganarse el afecto del prójimo. Aunque el prójimo fuera casi un desconocido.

—Si es que este espejo tiene una dueña, lléveselo usted. Ya hizo demasiado por mí.

Raquel reaccionó como acostumbraba hacerlo.

—Debo decirle que me haría muy feliz recuperarlo. Pero puedo pagar lo que usted pida.

—Claro que no. Pagué apenas tres monedas por él, y hoy ya no las necesito.

—Insisto.

—Acéptelo. Me hará un favor —dijo Dorel.

Porque las personas que necesitan agradarle a todo el mundo suelen exagerar.

—Le aseguro que su desprendimiento no será en vano —respondió Raquel.

Y a pesar de que Dorel no comprendió a qué se refería, sonrió con verdadera gratitud.

Con estos pequeños sacrificios, el joven músico esperaba lograr que las moscas venenosas, los moros y los gitanos se alejaran de sus días. Y de sus noches.

9.

UNA HACIENDA EN LA PROVINCIA DE
MENDOZA, FINES DEL AÑO 1822.

El carruaje se detuvo ante la puerta de una casa blanca, rodeada de macetones floridos. Los ventanales cubiertos con cortinas livianas, que se movían con el viento, daban impresión de frescura y buen aroma en el interior.

Dos jovencitas, de entre catorce y dieciocho años, conversaban sentadas en las escalinatas del porche. A juzgar por sus ropas, eran parte de la familia que vivía en aquella mansión.

Ninguna, sin embargo, se levantó de su sitio, sino que aguardaron a que la mujer llegara hasta ellas.

—Buenas tardes, señoritas —dijo Raquel mientras se acercaba.

No había duda de que la recién llegada era una señora de cierta clase, pero la fatiga del largo viaje desmerecía bastante su aspecto.

—¿Qué desea usted? —preguntó la que parecía un poco mayor.

—Verán... Busco a una antigua amiga que fue traída a esta hacienda hace..., hace ya muchos años.

Como la única respuesta que recibió Raquel fue un encogimiento de hombros, se vio obligada a continuar.

—Vengo de muy lejos, buscándola.

Nadie le respondió.

—Tengo algo que le pertenece y necesito dárselo.

La mayor frunció un poquito la nariz.

—Su nombre es Atima Imaoma.

Entonces, la menor se tapó la boca para reír.

—¿Por qué la risa, niña? —la paciencia de Raquel, igual que su aspecto, estaba deteriorada por la fatiga del viaje—. Es un nombre muy bello por cierto.

En esta oportunidad, las dos hermanas fruncieron la nariz en un gesto idéntico.

Raquel pensó que la madre de aquellas dos jóvenes maleducadas debía fruncir su nariz del mismo modo. Y para abreviar el asunto, preguntó:

—¿No hay en esta hacienda una esclava con ese nombre?

—¿Una esclava?

Las señoritas de la casa parecieron ofendidas... ¿Qué podían saber ellas sobre los esclavos? Mucho menos, si no trabajaban en quehaceres domésticos. Además, ya quedaban muy pocos... ¿O no estaba al tanto aquella señora de las horribles decisiones de la Asamblea que pretendía dejar sin esclavos a las haciendas?

—Nosotras no sabemos de esa esclava que usted busca.

—Yo busco a una mujer —respondió Raquel.

Las señoritas no comprendieron del todo la corrección. Y la mayor optó por lo más sencillo.

—Si quiere, vaya hasta los barracones de los esclavos. Y pregunte allí.

—Eso haré —dijo Raquel—, han sido muy amables.

Caminó hasta el carruaje que la esperaba. Subió y golpeó la puerta con rabia. Como para dejar claro que su último comentario no había sido sincero.

Dos hombres, tres mujeres y algunos niños trabajaban en los alrededores de las barracas. Todos dejaron de hacerlo cuando vieron acercarse un carruaje que no pertenecía a la casa. Y todos se acercaron a la mujer vestida con ropa de viaje, que se quedó de pie cubriéndose el sol con las manos.

Los hombres se quitaron sus sombreros de paja. Las mujeres se secaron las manos en sus delantales. Y los niños, ocultos tras ellas, sonrieron.

Raquel les devolvió la sonrisa. Tomó de su bolsita de mano un puñado de caramelos de caña que los niños demoraron en recibir. Finalmente, y sólo cuando sus padres los alentaron, ellos se acercaron con timidez. Recibieron los caramelos y se alejaron corriendo.

—¿La señora está necesitando algún servicio de nosotros?

—Así es... Estoy buscando información sobre una persona a quien no veo desde que ambas éramos niñas.

—No sabemos a quién la señora está buscando.

—La trajeron para trabajar en esta hacienda. Y su nombre es Atima Imaoma. ¿Saben adónde puedo encontrarla?

La expresión en los rostros de quienes la escuchaban se oscureció. Pero Raquel prefirió no aceptar el indicio. E insistió:

—¿Será que la llevaron a otra hacienda?

—¿La señora fue ama de Atima Imaoma? —preguntó uno de los hombres.

—Fui su ama... Y a veces, su amiga.

—Entonces debe saber que ella ya está en la tierra de los antepasados.

Por un momento, y contra todo el sentido común, Raquel quiso creer un absurdo.

—Entonces, pudo regresar a su aldea africana...

—No, señora. Atima Imaoma está en la tierra de la que no se vuelve.

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

Raquel pidió un vaso de agua. Lo bebió sentada a la sombra de un árbol. De pronto, se le ocurrió algo.

—Sus hijos... Seguramente tuvo hijos.

—Una hija tuvo. Y la llamó Atima Silencio. Pero era una muchacha rebelde que no se conformaba con su suerte. Partió de aquí, y nada sabemos de ella.

Raquel pidió que le repitieran aquel nombre.

—Atima Silencio... Ese nombre le puso su madre. Lo de Atima se entiende. Lo de Silencio...

Pero Raquel conocía el motivo. Silencio. Los recuerdos y las lágrimas llegaron juntos.

—¿Intentas recordar tu nombre? Mercedes, Leonor, Jacinta...

—Ésos no.

—Elvira, Rosaura...

—Ésos tampoco.

—¿No recordás tu verdadero nombre, Silencio?

—Algún día, lo recordaré.

Cuando Raquel logró recuperarse, volvió a hablar. Explicó que traía consigo algo que había pertenecido a Atima Imaoma. Y que, no habiendo a quién dejárselo, ella deseaba llevarlo a la tumba donde descansaba.

—¿Está lejos de aquí?

—Lejos no, señora. Ni tampoco cerca. Su tumba está en el límite norte de la hacienda, cerca del río. Allí donde el amo deja que tengamos nuestro cementerio.

—Iré ahora mismo.

—Si desea la señora, podemos acompañarla.

Raquel dio las gracias. Pero prefería que no lo hicieran. Saludó a todos. Volvió a subir al carruaje y partió.

Sombreros de paja, manos y sonrisas la despidieron.

El carruaje se balanceó por un camino angosto y poceado. El sol de la tarde aplastaba el aire contra la tierra.

A prudente distancia del cementerio, Raquel le pidió al cochero que detuviera la marcha y la aguardara allí hasta su regreso. No deseaba quebrar la paz de los muertos.

—Pero, señora —respondió el cochero—. ¿Va a ir usted a pie, bajo este sol? Vea que se trata solamente de un cementerio de negros...

La expresión de Raquel lo dejó mudo. Y apenas pudo agachar la cabeza y murmurar una disculpa.

Raquel caminó entre tumbas sencillas, cavadas en la tierra. Las cruces que las señalaban eran dos palos atados entre sí, con cuerdas. Los nombres estaban tallados con trazos desprolijos y toscos. Leyó cada nombre hasta encontrar el que buscaba.

Atima Imaoma.

Se detuvo. Y se sentó sobre una piedra, a un costado de la tumba.

—Estarás enojada conmigo porque nunca cumplí mi promesa. Podría explicarte... Ocurrieron cosas que me fueron demorando. Me casé, tuve hijos. ¿Y vos? Una hija rebelde, según me dijeron. Bueno, quiero que sepas que vine a buscarte. Y a darte algo que te pertenece. ¡Mirá...! Tengo conmigo el espejo que te devolvió el nombre. Alguien lo marcó detrás con un punzón... ¡No sé quién puede haber sido tan torpe como para hacerlo! De todos modos, es tu espejo. Tu pequeño espejo enmarcado en ébano. No te separabas de él, ¿te acordás? —Raquel dejó de

hablar por un largo rato. Luego llegó al asunto que más le importaba—: Tengo miedo. Y a veces me siento muy sola. Tengo mi piano, y esos esclavos que me miran con rencor desde las sombras. No como vos, porque vos me querías, ¿no es cierto? Mis hijos están lejos como los árboles. Y se parecen a su padre, tan altivos y ocupados en cosas que no comprendo. Vos hubieses estado conmigo en este trance. Dice el médico que, con muchos cuidados, podré sobrellevar la vida... —Raquel escuchó pasos a sus espaldas. Suspiró con fastidio. Luego cambió el tono de voz, y giró para hablar—: Le dije que no me molestará...

Pero no era el cochero quien estaba parado a sus espaldas, sino una joven negra. Raquel palideció.

—¿Atima Imaoma? —preguntó balbuceando.

—Atima Silencio —le respondieron.

El sol declinaba.

Las dos mujeres seguían hablando. El cochero se había dormido y despertado varias veces, y hasta se había asomado para asegurarse de que la señora Raquel estuviese bien.

Había mucho que contar, mucho que preguntar y responder. La noche, que no sabía de encuentros, se les echaba encima.

—Atima Silencio, ¿querés contarme por qué regresaste?

—El amo de la hacienda tenía razón. La libertad es muy dura para nosotros, señora. Y estoy cansada.

Raquel tomó entre sus manos el rostro de la joven.

—Es dura, sí —la señora Raquel estaba pensando alguna cosa que la alegraba, se notaba en el brillo de sus ojos—. Hace muchos años tu madre fue mi doncella. Si estás de acuerdo, podrías tomar su lugar. Vivirás conmigo en la casa grande y, hasta te daré un pequeño pago, ya que sos libre.

La luna y la sonrisa de Atima Silencio se parecían mucho.

—Con tu permiso —Raquel se dirigió a la cruz que le daba nombre a aquella tumba—. Me llevaré a Atima Silencio de regreso a casa.

Era tiempo de irse. Raquel recordó el espejo que la había llevado hasta allí.

—Como le dije al violinista: no fue en vano.

Y se lo entregó a la joven.

Un rato después, Raquel y Atima Silencio seguían conversando sentadas frente a frente en el carruaje.

—¿Es cierto que el propio general San Martín firmó el espejo?

—Sí, señora, es muy cierto.

—Por favor, contame bien esa historia.

El cielo estrellado de la noche recordaba el espacio de la libertad.

El carruaje avanzaba a favor del viento.



Igual que sus dueños, el pequeño espejo enmarcado en ébano avanzaba lentamente hacia la libertad.

Porque los espejos reflejan la historia de su tiempo. Y a veces, como los cristales curvos, la ensanchan, la adelgazan, la distorsionan.

Así fue avanzando el espejo, entre los tambores de un pueblo que vivía en su propio mapa y un mercado de esclavos en el Río de la Plata. Entre la ruina de un hacendado y ciertas palabras al revés. Entre una fuga malograda y un ejército en pie de guerra. Entre Cancha Rayada y Madrid, entre Madrid y una dama enferma...

Tam...

Tam, tam.

Tam...

Tam, tam.

El pequeño espejo enmarcado en ébano lustroso seguirá su indescifrable camino por mercados remotos, museos, cofres y naufragios... El espejo, no más grande que la palma de una mano, con una marca hecha a punzón en la parte inferior del dorso, que nació cuando un cazador africano lo talló, con amor y paciencia, para obsequiárselo a su esposa.

El mismo que fue exhibido en una casa de antigüedades y conoció de cerca los fantasmas de María Petra. El que fue de teatro en teatro, junto a un violín virtuoso. Y reflejó los ojos enamorados de una vendedora de panecillos de anís.

El espejo que acompañó a Atima Silencio. Y supo que, al nacer su primer hijo, ella lo llamó José Imaoma para unir las dos orillas de su vida: un general de la libertad y su abuelo africano.

De un destino a otro seguirá andando el espejo. ¿O habrá que decir que, de un espejo a otro, sigue andando el destino?



LILIANA BODOC (Ciudad de Santa Fe, Argentina, 21 de Julio de 1958). Desde los cinco años vive en Mendoza, Argentina. Estudió letras en la Universidad de Cuyo y actualmente ella ejerce la docencia, a demás de ser poeta y narradora. En Buenos Aires, su primer novela «*Los días del Venado* » no tardó en convertirse en un libro de mucha popularidad luego de que ella lograra con mucho esfuerzo conseguir una editorial dispuesta a editarlo, lo cual finalmente consiguió gracias a la alta calidad de escritura, interesante trama, entrañables personajes y paralelismo con la historia latinoamericana que caracterizan la novela.

La editorial Norma fue quien finalmente se encargó de hacer pública la excelente obra de Bodoc en 2000, a la que siguieron la segunda y tercer parte de la trilogía tituladas: «*Los días de la Sombra* » (2002) y «*Los días del Fuego* » (2004). Estas tres obras en su conjunto conforman la llamada «*Saga de los Confines* ».

Desde el principio, el primer libro de su trilogía comenzó con las de ganar, habiendo ganado merecidamente los siguientes premios: Mejor libro de la Feria del libro de Buenos Aires (2000), el Premio Fantasía (2000), Lista de honor del Premio Andersen 2000, Mención especial, The White Ravens 2002.

También escribió otros libros como «*Diciembre Súper Álbum* », que es una novela corta juvenil publicada por editorial Alfaguara, «*Sucedió en Colores* », un libro de cuentos publicado en 2004 por la editorial Norma-Kapeluz, «*Amarillo* » cuento publicado en la editorial Imaginaria y «*Puente de Arena* » en la antología de cuentos por la paz publicada por editorial Alfaguara en 2003.

La fama de la autora no termina ahí sino que también ganó el Premio Calidoscopio de Venezuela (2003) por «*Los días de la Sombra* », y la

distinción de «Destacados de Alija» (2002-2003) por su novela juvenil «*Diciembre Súper Album*». En 2004 y nuevamente en 2014 la Fundación Konex la honró con el Diploma al Mérito...

En el 2008 publicó *El espejo africano* , en 2009 *Presagio de Carnaval* y en 2013 *Memorias Impuras* .

Se sabe que con sus libros de La Saga de los Confines se mostró a si misma como la revelación argentina en el género tan complejo de escribir que es la literatura fantástica.

